



TORRIJAS AL VINO, AMOR DIVINO



Noni García

NG BOOKS

Torrijas al vino,
amor Divino

© Todos los derechos reservados
Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales) hechos o situaciones son pura coincidencia.

Título: *Torrijas al vino, amor divino*
Serie*: Fechas para amar*
Copyright © 2024 – *Noni García*

Diseño de portada y contraportada: *NG Books SCE*
Corrección: *NG Books SCE*

Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

Dicen que la amistad es
un largo camino, y el nuestro
fue de 2140 kilómetros.
Sin vosotras, ese viaje nunca
hubiera sido el mismo.

1

Llegamos a uno de los bares que estoy segura de que no estará lleno de parejitas celebrando el día de los enamorados. Nos sentamos en la terraza, ya que, a pesar de ser febrero, la noche está buena y la temperatura es agradable.

—Me gusta este pueblo, tiene encanto —dice Daniel, mirando a su alrededor.

—Sí, es bonito, tranquilo y más económico que Granada.

—¿No eres de aquí?

—No, qué va, vinimos a vivir aquí hace unos años. Los alquileres estaban por las nubes y necesitábamos algo más económico, no es fácil mantener a cuatro hijas y una nieta.

—¿Cuatro hijas? ¡Madre mía! A mí los hijos me dan alergia.

—Bueno, tres son biológicas, Inma es la hija del cabrón de mi ex.

—Vaya…

—Sí, bueno, es una larga historia, pero para mí es una hija más, y Carola es mi nieta, por supuesto.

—Es lógico…

El camarero llega interrumpiendo la conversación. Yo pido una cerveza, y Daniel agua. Me parece muy responsable por su parte, ya que después tiene que conducir hasta Sierra Nevada, además, si es diabético, no debe beber alcohol.

—Y, cuéntame, ¿en qué trabajas? Porque ya sabes que yo soy el socio de Miguel.

—Bueno, en lo que sale, cuando tienes que mantener una familia, no puedes ponerte exigente. Al igual que Inma, cuido a personas mayores, aunque también echo algunas horas en una de las panaderías del pueblo, toda ayuda económica es poca. Es verdad que en los últimos tiempos vamos más desahogadas con la llegada de Lucciano a nuestras vidas, pero no me gusta vivir de la

caridad de nadie, así que en casa solo aceptamos la parte que correspondería a Carola, menuda es Inma para eso…

—Guau. Cualquiera en vuestra situación no hubiera dudado en aprovecharse de las circunstancias.

—Ya te dije de camino que para mí lo más importante no es el dinero, que me basta con tener cubiertas nuestras necesidades básicas.

El camarero nos trae las bebidas y tapas que le hemos pedido, además de unas patatas bravas de regalo. Miro hacia dentro del bar y Antonia me saluda. Le hago un gesto para que se acerque y me dice que lo hará en unos minutos, que anda liada en la cocina.

—Oye, qué rico está todo —afirma Daniel, dando buena cuenta de las tapas.

—A ver, no es uno de esos restaurantes de estrella Michelín a los que estarás acostumbrado, pero la comida es de la mejorcita que he probado en bares.

—Eh, que no soy tan elitista como aparento, que me encanta un buen bocata de calamares con limón y mayonesa.

Seguimos charlando un poco sobre nuestras vidas, pero sin entrar en profundidad, ya que no conozco de nada a este hombre, y soy bastante reservada para contar mi pasado, del que no me siento del todo orgullosa y por el que me sigo fustigando muchos años después.

Veo acercarse a Antonia con un plato en la mano que contiene un par de torrijas. Me sonríe y le devuelvo el gesto, son de las que hice esta misma mañana.

—Esto corre por cuenta de la casa —anuncia cuando llega hasta nosotros.

—Muchas gracias, Antonia. ¿Han gustado?

—Son las únicas que quedan de todas las que me traje, necesito más para mañana, que hoy ha sido Miércoles de Ceniza y ya la gente anda como loca con los dulces típicos de Semana Santa.

—Vale, pásate por la panadería sobre las diez, que ya las tendré listas.

Antonia me mira y hace un gesto con los ojos señalando a Daniel. Entiendo lo que me dice, quiere saber quién es.

—Te presento a Daniel. Es socio del novio de Isabel, la nieta de Encarna.

—Encantada, soy Antonia, una de las dueñas del bar.

—Pues déjeme decirle que estaba todo riquísimo, aunque me da que no voy a poder probar este manjar que acaba de traer, tiene pinta de contener demasiado azúcar.

—Antonia, ¿te queda alguna de las que te mandé para tu mujer?

—Claro que sí, me mandaste un montón.

Nos deja para volver adentro del bar y Daniel se queda mirándola para después dirigir la vista hacia mí.

—Creí que le gustaba por cómo te hizo ojitos para que me presentaras, y resulta…

—¿Tienes prejuicios?

—No son prejuicios, las mujeres casadas, cuanto más lejos, mejor. —No puedo evitar abrir la boca ante el zasca que me acaba de dar—. Me da que la prejuiciosa has sido tú —me sonríe canalla, y estoy a punto de replicarle cuando Antonia hace acto de presencia con un nuevo plato.

—Torrijas sin azúcar de la mejor pastelera que conozco. Mi mujer es diabética, y Rita siempre elabora dulces sin azúcar para ella. Cualquier día me deja por esta mujer…

—Sabes que eso es imposible, Patricia solo tiene ojos para ti.

Hablamos un par de minutos más y Antonia vuelve a la cocina, el bar empieza a llenarse bastante, nosotros hemos tenido suerte de encontrar mesa porque llegamos temprano.

—Bueno, ¿dispuesto a probar otra de mis creaciones? Esta tarde ya probaste una en casa de Encarna.

—Si está tan bueno como la pinta que tiene, estoy seguro de que me encantará.

Y eso espero. Este hombre me ha caído bien desde el primer momento, e imagino que por eso necesito impresionarlo.

2

Veo llegar a Miguel y me dan ganas de soltar una carcajada. Desde que sabe que va a ser padre y le pidió matrimonio a Isabel, anda por la vida como loco, siempre llega a lo justo a las reuniones, cuando lo normal es que lo haga unos veinte minutos antes, y con una cara de recién follado que no puede con ella.

—Ya estoy aquí, hoy he llegado cinco minutos antes, no puedes quejarte.

—Sabes que no me quejo. ¿Cómo está Isabel?

—Bien, parece que las náuseas ya están pasando y consigue mantenerse despierta más tiempo.

—Me alegro. Entremos, que los ingleses tienen que estar al llegar.

Hoy hace un mes que todo se arregló entre Miguel e Isabel, que le pidió que se casara con él y que supo que iba a ser padre. Aquel día no se me olvidará mientras viva, me lo pasé genial viéndolo sufrir, aunque no solo fue por eso, sino por las risas que me eché con Rita ante tanto amor en el aire.

¿Que quién es Rita? No me puedo creer que a estas alturas no sepáis quién es. Os adelanto que es una granadina que tiene tanta alergia al amor como yo, y si queréis saber más de ella, podéis leer *Siete motivos para ~~odiar~~ amar la Navidad* y *¿Cupido? Yo prefiero a Lucifer*, que sale en ambos relatos, es más, yo la conocí en el final de este último.

Bueno, que me desvío. La cuestión es que ese día, después de que todo se solucionara, terminamos cenando en un bar de Maracena, donde viven casi todos los personajes de los dos relatos que os he dicho, y terminamos intercambiando nuestros números de teléfono.

No, no penséis que nos lo dimos en la cama después de una noche loca, sino en mi coche cuando la dejé en la puerta de su casa tras la cena. Joder, me lo pasé tan bien como podría haberlo hecho con alguno de mis amigos. Es chispeante, divertida, ocurrente y no buscaba echar

un polvo, lo cual no sé si me sorprendió para bien o para mal.

Desde entonces, nos hemos mandado algunos mensajes, en la mayoría de ellos para darme recetas de dulces sin azúcar o indicarme sitios en Madrid donde poder comprarlos de calidad, y también confieso que nos lo hemos pasado genial echando pestes del amor que se tienen los que nos rodean. Que la última ha sido que las próximas Navidades tenemos una boda doble en el pueblo.

En fin, que me lo paso muy bien chateando con ella cuando tiene un ratillo libre, que suele ser por las noches antes de acostarse, ya que trabaja duro la mujer.

—¿Has pensado ya qué vas a hacer en Semana Santa? —me pregunta Miguel, sacándome de mis pensamientos, que cada vez más son dirigidos a Rita, por cierto.

—Pues no sé. Se suponía que nos iríamos tú y yo a Galicia, como todos los años, pero como ya han cambiado las cosas…

—A ver, que Isabel me ha dicho que me vaya contigo, pero sabes que no está pasando un buen embarazo y no quiero dejarla sola, por mucho que nos vayamos al pueblo esa semana.

—Se entiende, hombre. No tienes por qué disculparte.

—¿Por qué no te vas a Sierra Nevada y pasamos algo de tiempo juntos?

—Oye, pues no es mala idea, no había caído en eso. Espero que en las pistas aún haya nieve, porque con este tiempo tan loco nunca se sabe.

—Pues ya sabes, llama y di que vas, que no sé si aún quedará algo libre. Yo pillé una porque quiero pasar un día allí con Isabel, y ya les quedaban un par de ellas de las que solemos coger nosotros.

—Pues atiende a los ingleses si llegan antes de que yo termine la llamada.

Me retiro de donde estamos, me pongo en contacto con el hotel y estoy de suerte, ya que les acaban de cancelar una de las habitaciones. Les doy todos los datos y al momento me llega el cargo de la reserva. Sierra Nevada siempre es un seguro de diversión, tanto en la nieve como en la cama. Además…

Termino la llamada y entro rápidamente en WhatsApp. Busco a Rita y le escribo.

Voy a pasar la Semana Santa en Sierra Nevada. Tenemos que quedar para comer algún día, que te debo la invitación de la cena de San Valentín.

Me guardo el móvil después de enviarlo, ya lo verá cuando tenga tiempo, aunque vibra al momento y se me acelera el corazón al pensar que sea su respuesta.

Lo vuelvo a sacar mientras camino hacia Miguel, que está hablando con los ingleses y una sensación de nerviosismo me embarga al ver que es su respuesta.

Ok. Pero el postre corre de mi cuenta.

Su respuesta me arranca una sonrisa, y no entiendo por qué también le ha alegrado el día a cierta parte de mi cuerpo… Bueno, imagino que será porque es leer la palabra postre y mi cerebro reacciona pensando en otro tipo que nada tiene que ver con el que Rita propone.

Vosotros también pensáis que se debe a eso y no a que esta mujer despierte otro tipo de sentimientos más allá de la amistad en mí, ¿verdad?

3

Estoy terminando de elaborar los últimos piononos que me quedan por hacer. Llevo desde las cinco de la mañana metida en la panadería, y empieza ya a poderme el cansancio. Lo que más ansío en este momento es tomarme una taza de café y una buena tostada antes de ir a atender a la anciana que cuido dos mañanas a la semana durante cuatro horas. Por suerte, la buena mujer no da mucho que hacer, ya que está bastante bien para sus casi noventa años, y si me ha contratado es más por hacerle compañía que por otra cosa.

—¿Ya has terminado, Rita? —pregunta Fernando, el dueño de la pastelería, desde la puerta.

—En cinco minutos estoy lista. Si hoy tenemos más encargos que ayer, voy a tener que venirme más temprano, o decirle a Leyre que venga a ayudarme.

—Claro, díselo, ahora que está en paro, seguro que le viene genial algún dinerillo extra.

—Sabes que no va a cobrar nada, parece que no la conozcas.

—Ya veré la forma de que lo acepte. ¿Necesita algo?

—Ropa nueva de deporte y unas zapatillas para entrenar.

—Pues solucionado, le digo a Damián que va a ir por la tienda, que compre lo que necesite y que yo paso a pagarle después.

—Te va a matar.

—Nah. Cuando lo intente, le doy un achuchón, que eso siempre calma a tu fiera.

Suelto una carcajada mientras lo veo desaparecer tras la puerta. Tiene razón, Leyre adora a Fernando y a su mujer, sabe que nos han ayudado mucho cuando más lo hemos necesitado, por eso, ahora que estamos más o menos bien económicamente, no quiere aceptar dinero de ellos.

Sigo con mi tarea y suelto un suspiro de alivio cuando tuesto un poco la crema del último pionono con el soplete. ¡Qué largas se me han hecho estas cuatro horas de trabajo! Pero es que esta panadería cada vez es más conocida, y los encargos van en aumento por días.

Justo cuando me quito el delantal, Fernando vuelve a aparecer por la puerta con una taza de

café recién hecho y un plato con una tostada como a mí me gusta, con aceite, jamón y tomate.

—Anda, desayuna, que te lo tienes bien merecido. Por primera vez desde que trabajas aquí, creí que no lo lograbas. ¡Qué habilidad tienes para hacer tal cantidad de dulces!

—La experiencia me ha dado esta velocidad.

—Por cierto, Carmen y yo vamos a cerrar desde el Viernes Santo hasta el martes siguiente. Mi Lorenzo viene a pasar unos días con nosotros, y con lo poco que lo vemos, queremos disfrutar estos días junto a él.

—¡Qué bien! Estaréis deseando verlo. ¿Sabe algo de la plaza que quería coger en el hospital de Granada?

—Sí, ¡es probable que para verano ya lo tengamos aquí!

—¡Qué alegría! Estará deseando volver a casa y perder de vista Madrid…, y la tiparraca esa que ha intentado joderle la vida.

—Ni lo mentes, que desde que consiguió la orden de alejamiento, no se ha vuelto a acercar más a él.

Seguimos charlando de los pormenores del fallido matrimonio de Lorenzo hasta que salgo de la panadería en dirección a casa de doña María, y decido llamar a Leyre en el camino para decirle que mañana tiene que levantarse temprano para ayudarme.

Saco el teléfono del bolso y en ese momento me llega un mensaje de Daniel. No solemos hablar por las mañanas, así que imagino que tendrá algo que contarme de la parejita del momento.

Pero no, me he equivocado, y no puedo evitar sonreír como una tonta al ver que pretende venir en Semana Santa y que quiere que comamos algún día juntos.

Claro que me apetece cobrarme la invitación del día de San Valentín, podría pasarme horas y horas hablando con él. Es un hombre tan interesante que nuestras conversaciones pasan de banales a profundas de un segundo para otro.

Empiezo a responderle y algo viene a mi cabeza. Anoche, antes de echarme a dormir, me vino a la mente una nueva receta de torrijas al vino que no necesitarán azúcares refinados. Quizá

podría hacerlas para que las probara él, y si les da el visto bueno, quizá podríamos incluirlas en la panadería.

Ok. Pero el postre corre de mi cuenta.

Uy, espero que su mente no vaya por otros derroteros, quizá debería borrar el mensaje y ponerlo de otra forma… Tarde, ya lo ha leído y está escribiendo.

Eso no se hace, ahora solo pienso en ese postre, que siendo elaborado por tus manos, seguro que es divino.

Suelto una carcajada. ¿Divino? ¿Quién dice divino hoy en día en el contexto de la pastelería? No sabe lo que ha hecho al usarla, voy a darle carga con la dichosa palabrita cada vez que pueda.

Lo bueno es que no se ha tomado los mensajes por el camino erótico que se le pueden imprimir a mis palabras, y lo extraño es… Nah, tonterías mías, una parte de mí hasta le hacía ilusión que lo malinterpretara.

Esto debe ser fruto del cansancio, ¿verdad?

4

Espero impaciente a que Daniel termine la llamada con la que lleva media hora. Entiendo que es un cliente importante, pero odio llegar con el tiempo justo a la estación para coger el tren.

Por fin es Viernes de Dolores, necesito unas buenas vacaciones, tiempo para relajarme y disfrutar de no hacer nada. Porque eso es lo que voy a hacer la mayor parte del tiempo, disfrutar de las vistas desde el *jacuzzi*, salir a comer, a pasear, esquiar. Vamos, que no llevo ni el portátil para no caer en la tentación… Bueno, la *tablet* sí, pero solo por si surge algo urgente.

—Ya nos podemos ir. ¡Qué pesado es este hombre! Por poco y le tengo que hacer un libro de lectura para aprender a leer de niños con todos los datos de la operación.

—Ya te dije que lo llamaras luego, que iba para largo el asunto.

—Pero vamos con tiempo, ¿no?

—Sí, aún podemos tomarnos una cerveza antes de que tenga que subir al tren.

—Genial.

Salimos del edificio donde tenemos la sede principal de nuestras empresas, el punto neurálgico de nuestro emporio, y nos subimos al coche de Miguel. Durante el camino, ultimamos algunos detalles importantes, él no bajará a Maracena hasta el miércoles, ya que Isabel tiene ginecólogo el martes por la tarde.

Llegamos a Atocha y nos sentamos en uno de los bares de la zona de salida del AVE. Los dos pedimos cerveza sin alcohol; yo para que no me suban los niveles de glucosa, y él porque ha decidido no consumirlo hasta que pueda hacerlo Isabel.

—¿Has llamado ya a alguna de tus amigas para que te recoja cuando llegues?

—No, qué va, he alquilado un coche. No quiero saber nada de mujeres hasta que descanse un

par de días.

—Estás de coña, ¿no?

—Que no, que necesito descansar de verdad, que ya me hago mayor…, aunque no lo parezca.

—Me cuesta creer que vayas a estar solo el día que llegas a Sierra Nevada, siempre has dicho que el sexo te relaja.

—A ver, solo no voy a estar, me acercaré a visitar a una amiga, lo mismo cenamos juntos, pero solo eso. Por raro que parezca, entre nosotros solo hay una amistad.

—Ya… Anda, venga, confiesa, ¿estás saliendo con alguien?

—¿Estás loco?

—¿Loco? Pero ¿tú te has visto? Miras el móvil constantemente, y de vez en cuando se te pone una cara de tonto enamorado que no puedes con ella. La sonrisilla te delata, amigo.

—Que no, que solo somos amigos.

—¿La conociste en Sierra Nevada cuando fuimos en San Valentín?

—Mira que eres pesado… ¡Que no estoy saliendo con nadie!

—Vale, lo que tú digas, pero seguro que el tiempo terminará dándome la razón.

Después de darme la carga un poco más, consigo al fin desviar la conversación a su futura paternidad. Una vez entramos en el tema, todo lo demás deja de tener sentido para él.

Anuncian el andén del tren y nos despedimos para que pueda pasar el control de acceso. Al fin libre de tanta insistencia.

Me subo al vagón, dejo las dos maletas que llevo y me dirijo a mi asiento. Me dejo caer en él y en momentos como este doy gracias por gastar un poco más de dinero y sacar el billete Premium. Voy prácticamente solo en el vagón, lo que quiere decir que podré echarme una siesta sin que nadie me moleste.

Me saco el teléfono del bolsillo del pantalón, conecto los cascos y me pongo una serie de Netflix, de la que estoy seguro de que no terminaré de ver ni el primer capítulo.

Estoy empezando a coger el sueño cuando me llega un mensaje cuyo sonido hace que me sobresalte y se me acelere el corazón por lo inesperado que ha sido. Miro la pantalla y… Joder,

parece que me esté dando un infarto, mi corazón late todavía más deprisa al ver en la pantalla el nombre de Rita. Creo que voy a tener que ir a visitar al cardiólogo cuando esté de vuelta, porque cada vez me sucede esto más a menudo, exactamente desde San Valentín.

Abro la aplicación de mensajería, entro en el chat de la culpable de mi desvelo y tengo que contener una carcajada.

Buenas tardes, Divino.

¿Ya estás de camino a disfrutar de tus merecidas vacaciones? El lunes te voy a preparar unas torrijas al vino que te vas a chupar los dedos.

Por cierto, mi hijastra está insoportable, no puedo con tanto amor. Hasta Carola está ya cansada de tan empalagosos que están sus padres.

Bueno, avisa cuando llegues a Sierra Nevada, que hace un frío de la leche y no sería de extrañar que las carreteras por allí estén heladas.

Esta mujer es única, por eso sonrío siempre con sus mensajes, porque lo mismo es divertida, que antiamor, que gallina cuidando de sus polluelos.

Debería haberle dicho a Miguel quién es la amiga de la que no he querido darle nombre, él mismo me habría dado la razón, habría estado de acuerdo en que con Rita una amistad y nada más.

Mira que pensar que yo podría tener una pareja… ¡Habrase visto!

5

Creo que esta Cuaresma está siendo la peor que he vivido en la panadería. No sé qué ha pasado, pero estamos vendiendo las torrijas por kilos, y cada día hay que hacer más. Vamos, que mis dos hijas pequeñas están conmigo aquí trabajando, y Leyre viene cuando no tiene que trabajar de noche.

No me gusta mucho ese empleo nocturno que tiene, pero en realidad no es nada malo, y ya es mayorcita para saber lo que hace. Aunque claro, como madre, no me hace ni pizca de gracia que se desnude ante un montón de hombres al son de una música provocadora.

Al principio me preocupaba más, ahora estoy más tranquila desde que mandó al hospital a uno que intentó sobrepasarse. Se pensaba que por pagar su baile y su estriptis tenía derecho a final feliz, trató de forzarla y el resultado fue un dolor de huevos y la nariz rota. De algo tiene que servir las muchas horas de gimnasio y entrenamiento de voleibol que se pega al día.

Porque sí, mi niña es un culo inquieto, y no solo ha hecho su carrera, sino que juega en un equipo de voleibol e incluso llegó a formar parte de la Selección Española.

Ahora realmente no juega, solo algún partidillo con las veteranas, pero sí es la entrenadora del equipo al que siempre ha pertenecido. No es algo que le dé mucho dinero, pero tampoco le ocupa demasiado tiempo y cualquier extra en su situación es buena, que la echaron del curro cuando se acababa de comprar el piso y, gracias a Dios, la hipoteca no es alta, pero eso es algo que no puede dejar de pagar cada mes.

—Mamá, ya están los piononos terminados. ¿Podemos ayudarte en algo más? —me pregunta Carmen, sacándome de mis pensamientos.

—No, mis niñas, id ya a casa, os merecéis una buena ducha. Por cierto, os he dejado hecha tortilla de patatas para cenar, yo me tomaré una tapa en lo de Antonia, que quería contarme algo.

Descansad, mañana será otro día.

Sí, efectivamente, son las ocho de la tarde y todavía estamos aquí… Ellas ya se van, pero a mí me queda aún una hora más, porque tengo un pedido especial para recoger a las nueve. Las torrijas sin azúcar están triunfando, y eso que aún no les he dado a probar a mi jefes las nuevas al vino para diabéticos.

Me quedo sola y continúo con el trabajo. Por suerte, solo son seis. Si lo hubiera sabido esta mañana, las habría hecho con las que preparé para la residencia de ancianos, pero el pedido ha entrado hace un par de horas.

Pongo música en mi móvil para continuar con lo que estoy haciendo y sonrío al ver que tengo un mensaje de Daniel diciéndome que ya está en Sierra Nevada. Su tren llegó hace un par de horas, cogió el coche de alquiler y se fue directo al hotel.

Yo sigo trabajando. Tengo una entrega especial en media hora, aunque ya solo me queda empaquetar y recoger todo, que es lo peor.

Le doy a enviar y continúo con lo que estoy haciendo. El timbre de la puerta trasera de la panadería suena, me temo que quien debe recoger las torrijas ha llegado antes de tiempo, así que tendrá que esperar unos minutos a que las empaquete.

No puedo evitar que se me abra la boca por la sorpresa. Daniel está delante de mí, y al momento me doy cuenta de que las torrijas son para él.

Se acerca para darme dos besos y un abrazo. Un abrazo demasiado largo, pero que no sabía que lo necesitaba tanto. ¿Cómo puedo haberlo echado de menos si solo nos hemos visto una vez?

—Hola, Divino, ¿qué haces aquí? —le digo con una sonrisa y sin deshacerme del abrazo.

—Vengo a recoger unas torrijas que había encargado. Son las mejores que he probado en mi vida.

—Anda, entra, que ya lo tengo casi listo —lo invito una vez nos separamos.

Daniel me sigue, se quita el abrigo, el jersey y se queda en mangas de camisa. Joder, se le marcan todos los músculos, no me había fijado en que estuviera tan… tan bueno, y de forma inconsciente no puedo controlar morderme el labio.

—Bueno, ¿en qué te puedo ayudar?

—¿Cómo? —respondo desconcertada.

—Me has dicho en el mensaje que todavía te queda recoger. Entre los dos terminaremos antes.

—No, hombre, que te vas a manchar.

—No hay problema, tengo más ropa en el hotel, recuerda que no me voy hasta después de Semana Santa. Además, siempre está la lavandería o puedo comprar más. Venga, dime, ¿por dónde empiezo?

—Muy bien, pues remángate, coge aquel mandil y ponte a limpiar la mesa donde mis hijas han estado haciendo los piononos, esta ya la he recogido yo y solo me queda empaquetar su pedido y fregar.

Hace lo que le digo con una sonrisa cuando comienza a sonar *Atado a este amor*, de Chayane, y suelta la bayeta que tiene en la mano.

—¿Bailas? —me pide, tendiéndome una mano.

—¿Estás loco? —respondo con una carcajada.

—Para nada, no hay nada más romántico que bailar con esta balada de Chayane, quizá así comprendamos el amor que reina a nuestro alrededor, ¿no?

—Estás como una regadera –le digo, tomando su mano para después abrazarme a su cuello.

Bailamos la canción pegados, siento sus manos acariciando mi espalda y no puedo evitar bajar una de las mías y dejarla caer sobre su corazón al tiempo que apoyo mi rostro en su pecho.

No sé qué me pasa, pero me siento bien así, sintiendo los latidos de su corazón en mi palma, aspirando el aroma de su perfume, disfrutando las caricias en mi cintura y un beso en mi pelo.

Y tengo que tragar y respirar hondo para evitar que las lágrimas que se han formado en mis ojos caigan.

6

La canción termina. Sé que debemos separarnos, pero es lo que menos me apetece en este momento. Hace mucho tiempo que no me siento tan bien con una mujer. Bueno, en realidad, creo que con ninguna me he sentido así… Claro, ¡debe ser por la amistad que nos une!

—No recuerdo la última vez que bailé una balada con alguien —confiesa, separándose unos centímetros de mí.

—Ha estado bien —respondo, y nuestras caras están tan pegadas que nuestras narices se rozan.

Si fuera cualquier otra mujer, no dudaría en lanzarme a devorar su boca, subirla a una de las mesas y enterrarme en ella hasta que alcancemos el orgasmo.

Pero con Rita es distinto, y, siendo sincero conmigo mismo, no tengo claro si no lo hago por respeto o porque no la veo como nada más que una amiga.

—Creo que debería terminar de recoger, en menos de diez horas tengo que estar de nuevo aquí.

—Tienes razón. Se me había olvidado que tú no estás de vacaciones.

—Para nada. Estamos en temporada alta.

Nos separamos y empezamos a hacer cada uno su tarea. La miro de soslayo, no lo puede evitar, y verla tan profesional, decidida, imaginarla hundiendo las manos en la masa y manejándola a su antojo… Ostras, me está provocando un comienzo de erección para la que no estoy preparado.

—Joder, hace demasiado tiempo que no follo —digo en voz baja para mí mismo.

—¿Decías?

—Que si te apetece que cenemos al terminar —improviso, y respiro tranquilo al darme cuenta

de que ella no ha escuchado lo que he dicho. Me hubiera muerto de vergüenza.

—Iba a tomar algo en el bar de Antonia, si te apetece, puedes venirte.

—Pues no estaría mal. Me apunto.

—Eso sí, solo cenar algo rápido, que estoy agotada.

—Sí, yo también necesito descansar, para eso he venido a Sierra Nevada.

—Dudo mucho que vayas a hacer una desconexión total. Seguro que el portátil te está esperando encendido en la habitación del hotel.

—Pues no, lista. Lo he dejado en Madrid. Solo me he traído la tablet por si surge algo urgente.

—¿En serio? —Afirmo con la cabeza—. Pues me alegro. Porque tanto estrés tampoco es bueno para la diabetes.

—Cierto. Estos días atrás la he tenido muy descontrolada, he tenido que dejar muchos asuntos cerrados para poder venirme tranquilo. Pero ha sido subirme al AVE y ha empezado a bajar.

—Bueno, yo ya he terminado. ¿Qué te queda a ti?

—Quitarme el mandil.

—Pues venga, vamos, que estoy hambrienta, llevo sin comer nada desde el desayuno.

—¿Cómo? ¡Eso es una locura!

—Ya, pero salí de aquí después de desayunar, fui a cuidar a doña María, se me hizo tarde y volví corriendo porque estamos a tope con la Semana Santa. Con decirte que hasta mis hijas están viniendo a ayudar…

—No vuelvas a hacer eso. No es sano.

—Sí…, papá. Dios, creo que mi padre no se preocupaba por mí tanto como tú.

Salimos de la pastelería y me quedo mirándola mientras cierra. Tiene razón, desde que faltó mi tía, no me he preocupado por nadie hasta el punto de reñirle por poner en riesgo su salud. Ni tan siquiera lo he hecho con Miguel, y eso que es mi mejor amigo, casi como un hermano.

Caminamos uno al lado del otro hasta mi coche. Si bien el bar está cerca, después de cenar la dejaré en su casa y me iré para Sierra Nevada. Es una tontería que volvamos sobre nuestros pasos

para recogerlo.

Nos subimos y la veo mover el cuello y llevarse una mano a las cervicales. Debe tener los omóplatos cargados de tanto trabajar. Si estuviéramos en el hotel, podría contratar un masaje para ella, y si no hubiera hueco, incluso podría dárselo yo, que se me da bastante bien.

¡Mierda! Ha sido imaginarla desnuda y recorriendo su cuerpo con mis manos y mi erección, esa que empezó a despertar en la panadería, se hace más evidente. Espero que no dirija su mirada a esa parte de mi cuerpo, porque se daría cuenta al instante del estado en el que me encuentro.

Arranco en cuanto se pone el cinturón de seguridad y pienso en mi abuela, que era el mal personificado; en las serpientes, que me dan un miedo que me muero; en pies con uñas encarnadas, que me dan un repelús increíble; en lentejas, que es una legumbre que odio; en el olor de la coliflor cocinándose, que creo que es lo más nauseabundo que he olido en mi vida…

Alguien me dijo una vez que, en estos casos, pensar en cosas desagradables ayuda a relajar la tensión, y creo que todo lo que he dicho es lo peor que se me ha ocurrido.

—Estás muy callado. ¿Te encuentras bien?

—Eeeh, sí.

—Déjame adivinar… Estabas pensando en el trabajo, ¿verdad? —Adoro a esta mujer, acaba de servirme en bandeja la salida para mi balbuceo.

—Me has pillado, lo reconozco.

—No tienes remedio, Daniel…

Y tanto que no tengo remedio. ¿Cómo se me ocurre excitarme mirando a una amiga?

7

Aver, que hace mucho tiempo que no estoy con un hombre, pero dudo mucho que el bulto que tenía entre las piernas cuando ha arrancado el coche sea teniéndola en reposo. Porque si es así, madre mía lo que debe ser que te la meta. Dios, debe doler lo más grande. Menos mal que nosotros somos amigos y nunca lo voy a comprobar.

Mierda… ¿Qué hago pensando en estas cosas? Esta noche voy a tener que tirar de juguete, porque ha sido pensar en este hombre en todo su esplendor y mojar las bragas. Si es que hace demasiado tiempo que no cato varón.

Llegamos al bar tras aparcar el coche y me alegra ver que hay sitio en la terraza, porque hace fresco, pero me va a venir bien para aplacar mi mente calenturienta.

Nos sentamos en una mesa que queda bastante alejada del resto. Hay un grupo bastante grande y escandaloso que ha unido varias mesas. Se nota que son extranjeros, y no por estar hablando en otro idioma, sino porque son todos rubios y con ojos claros. Ahora que lo pienso, recuerdo que Leyre me dijo que había en Granada un partido solidario de fútbol americano, y esos cuerpazos dan fe de que deben ser unos brutos en el campo de juego. Dios, ¡qué buenos están!

—Muy buenas, parejita —nos saluda Antonia, sacándome al instante de mis pensamientos con lo que acaba de soltar por la boca.

—Buenas noches, Antonia. Dime que tienes boquerones de esos tan ricos que me pusiste la otra vez —me alegra ver que no le ha sentado mal el comentario.

—Aquí los alemanes han arrasado con casi todo, pero estás de suerte, porque a Rita le encantan también, y como sabía que venía, le he guardado una ración. Ya tienes que preguntarle a ella si quiere compartirla contigo. —Daniel me mira con fingida cara de pena y tengo que

contener la risa para no estallar en carcajadas.

—Pues me lo voy a pensar —digo muy digna.

—¿En serio? —me pregunta perplejo.

—A ver, eres el culpable de que no esté ya en casa descansando, que solo a ti se te ocurre hacer un pedido para recogerlo a las nueve de la noche.

—Es que tenía ganas de verte, y te debo la cena de San Valentín.

—Me encanta veros pelear, sois tan monos… —suelta Antonia de repente con un suspiro.

—Bueno, a mí una cerveza sin alcohol —espeto antes de que siga hablando.

—Otra para mí… —me sigue rápidamente Daniel, se nota que a él también le ha resultado incómodo el comentario de Antonia. Ahora están hasta arriba de trabajo, pero mañana tendré que aclararle que entre nosotros no existe una relación amorosa, que solo somos amigos. Juro que no vuelvo a decirle nada de que me haya escrito, porque a la vista está que lo ha malinterpretado.

—Disculpa el comentario de Antonia —le pido apurada.

—Tranquila, hay mucha gente que a día de hoy sigue sin entender que es posible una simple amistad entre un hombre y una mujer.

—Ya, pero…

—No te preocupes por eso ni te sientas incómoda. Nosotros sabemos que somos amigos y con eso basta. Tarde o temprano se dará cuenta de su error.

—¿Tarde o temprano? Mañana le estoy cantando las cuarenta.

—No te molestes. Ya verá con el tiempo que se ha equivocado con nosotros.

—Aquí tenéis las bebidas y los boquerones —nos interrumpe esa amiga a la que en este momento tengo ganas de matar—. ¿Vais a pedir algo más, o lo dejáis a mi elección?

—Por mí, lo que tú veas, ya sabes que me gusta todo lo que tienes en la carta —le digo, porque así se irá ya y no soltará nada más.

Cenamos entre risas. Daniel me cuenta un poco de su infancia. Fue dura, tan dura como la mía. Si bien no fue de casa en casa de acogida como yo cuando con siete años murió mi padre, sí fue criado por una abuela que no lo quería porque su hija murió en el parto. Al parecer, en su

momento le pidió que abortara porque el padre se había quitado de en medio, pero ella se negó y le costó la vida, lo que provocó que nunca le perdonara haber acabado con la vida de su única hija.

Lo único que le agradecía a la mujer que le hizo la vida imposible era la herencia que recibió al morir, ya que, aunque no era excesiva, sí le dio para invertir y multiplicar el patrimonio en poco tiempo.

Terminamos de cenar y Antonia nos sirve una macedonia de fruta, que es lo único que le queda a estas horas sin azúcar. Le gustan las naranjas, igual que a mí, y nos peleamos como dos niños por los gajos de mandarinas.

Paga la cuenta y nos dirigimos al coche con la intención de despedirme de él, pero se ofrece a llevarme a casa y no me niego porque me duelen demasiado las piernas.

Llegamos al edificio donde vivo, se baja para despedirse y me acompaña hasta la puerta. Nos miramos, creo que es la primera vez que no sabemos qué decir, pero tampoco podemos quedarnos aquí plantados más tiempo porque ya se me ha hecho bastante tarde y mañana voy a querer estampar el teléfono contra la pared cuando suene la alarma.

—Bueno, pues voy a tener que dejarte —me encargo de romper el hielo.

—Sí, tienes que dormir y yo todavía tengo que llegar hasta Sierra Nevada.

—Verdad. Por cierto, avísame cuando llegues para quedarme tranquila.

—Sí…, mamá.

Suelto una carcajada. Me ha devuelto lo que le dije cuando aún estábamos en la panadería.

Y entre risas, se acerca para despedirse con dos besos, como los buenos amigos que somos. El problema es que los dos hemos girado la cara para el mismo sitio y nuestros labios se han unido.

Nos separamos al momento y sé que debo estar colorada como un tomate por lo incómodo de la situación. Se me acelera el corazón al sentir el cosquilleo que su boca ha provocado en mis labios y en mi estómago y que mi nieta catalogaría como mariposas.

—Bueno, pues te aviso cuando llegue al hotel —susurra sin llegar a mirarme a los ojos.

—Sí, por favor —respondo esquiva.

Lo veo subirse al coche, arrancar e irse, y aquí sigo aparada con las llaves de mi casa en las manos.

¡¿Qué cojones acaba de pasar?!

8

Abro los ojos y la luz que entra por la ventana me deja claro que no debe ser muy temprano. Cojo el móvil y, efectivamente, son las doce de la mañana.

Entro en la aplicación de WhatsApp, me extraña que Rita no me haya dado los buenos días como hace cada mañana desde que empezamos a mensajearnos más seguido, y no puedo evitar pensar que se debe al beso de anoche, ese que consiguió que no me durmiera hasta bien entrada la madrugada debido a que esa imagen no salía de mi cabeza y no dejaba de alterarme y desear que hubiera sido más intenso.

No voy a cambiar en la vida. No soy capaz de mantener una relación de amistad con una mujer sin que busque algo más. Y me jode, porque Rita es una persona especial… Bueno, teniendo en cuenta que ella nunca dará pie a que acabemos en una cama, estoy seguro de que podremos seguir siendo amigos. Además, en cuanto aparezca alguien con quien compartir un buen rato de sexo, esto quedará en una simple anécdota.

Le escribo para desearle una buena mañana, pero el mensaje no le llega, y casi se me para el corazón al comprender que me ha bloqueado. Joder, que fue sin querer, no fue algo premeditado.

Me levanto de un salto, voy directo a la ducha y en menos de media hora me encuentro camino de Maracena. Sé dónde trabaja, dónde para y dónde vive. En alguno de esos sitios tiene que estar y podremos aclarar este malentendido.

La llamo en el camino por comprobar si es cierto que me ha bloqueado, y el mensaje de que el teléfono está apagado o fuera de cobertura me lo confirma.

No me puedo creer que haya sido tan radical. Si anoche me contestó cuando le dije que había llegado bien. ¿Qué demonios se le habrá metido en la cabeza para que haya llegado a esto?

Aparco detrás de la panadería y voy directo a golpear la puerta. Justo en ese momento,

empiezo a notar sudores fríos y algo de mareo. Unos síntomas que conozco muy bien y que preceden a una hipoglucemia, por lo que vuelvo a golpear la puerta con fuerza, ya que no tengo caramelos encima y no creo tener tiempo para rodearla y entrar por la puerta principal.

—Ya va…

Escuchar la voz de Rita me tranquiliza. Espero que no tarde demasiado o me encontrará tirado en el suelo.

—Agua con azúcar —pido nada más abrirse la puerta, y Rita comprende al instante lo que sucede.

—Fernando, ¡ven corriendo! —grita en dirección al acceso que da a la tienda.

Me apoyo en el marco y comienzo a dejarme caer. Si no lo hago y me desmayo estando de pie, puedo llevarme un buen golpe.

No llego hasta el suelo, unos brazos fuertes me agarran y me ayudan a entrar. Consigo sentarme en una silla y Rita me da de beber. Doy pequeños sorbos para que las náuseas que tengo no me hagan vomitarlo, y poco a poco voy encontrándome mejor.

Saco las llaves del coche y se las doy a Rita.

—En la guantera hay un neceser. ¿Puedes traérmelo?

—Sí, claro. Fernando, no te separes de él hasta que vuelva —le pide al hombre, dándole el vaso.

—No te preocupes, ve a por lo que te ha pedido. ¿Te encuentras mejor? —me pregunta Fernando cuando Rita nos deja solos.

—Sí, sí. El agua con azúcar hace milagros.

—Me alegro. Ya tienes algo de color, pero estabas tan blanco como la cal cuando he llegado.

Rita vuelve de la calle y Fernando se despide de nosotros porque su mujer está sola en la tienda y tienen muchos clientes.

Saco una tira del bote, lo coloco en la máquina y me pincho un dedo para poder poner la gota de sangre y medir el nivel de glucosa.

—Ya va subiendo —digo cuando sale el resultado.

—Vaya susto me has dado, joder —me riñe Rita visiblemente asustada, para justo después abrazarme.

—Lo siento, es que no he desayunado…

—¿A quién se le ocurre? —dice, separándose de mí y poniendo los brazos en jarras.

—Es que te escribí y no te llegaban los mensajes. Entiendo que lo de anoche fue incómodo, pero no esperaba que tanto como para bloquearme.

—¿Bloquearte? —pregunta extrañada.

—Sí, que después te he llamado cuando venía de camino y…

—Pero yo no…

—Quería aclarar las cosas contigo, que me he pasado más de media noche despierto pensando…

Rita me deja con la palabra en la boca, se aleja, vuelve con el teléfono en la mano, que lo tenía cargando, y lo enciende delante de mí.

—No te he bloqueado. Es solo que anoche estaba tan agotada que cuando supe que habías llegado bien, me quedé dormida y olvidé ponerlo a cargar. Me he levantado para venir a trabajar porque las niñas venían también a echar unas horas ayudándome y ellas han sido las que me han despertado.

—¿De verdad?

—Lo de anoche fue un accidente, Daniel. En ningún momento pensé que quisieras…

No termina la frase, la miro a la cara y veo algo que no me gusta nada; inseguridad. Y me jode que no se valore porque yo creo que vale su peso en oro.

—A ver, que si hubiera sido cualquier otro, habría sido normal que quisiera besarte. ¿Quién no iba a querer besar a un bellezón como tú?

Me levanto de la silla, le doy un beso en la frente y la abrazo.

Aunque tengo que separarme rápidamente, porque ella no se valorará, pero a mi cuerpo parece que le encanta el contacto del suyo, y no quiero más malos entendidos entre nosotros.

9

Me encantan sus abrazos. ¿Os lo había dicho ya en alguna ocasión? No lo sé, pero si soy repetitiva, lo siento, hace mucho que no sentía cariño de alguien que no sea de mi familia.

—Creo que debería irme, tendrás que seguir trabajando —me dice cuando nos separamos y no me apetece nada que se vaya. Me gusta pasar tiempo con él

—Tengo que parar para comer, si no, un amigo muy pesado me riñe por descuidad mi salud.

La carcajada sincera que me dedica me hace sentir de nuevo el dichoso cosquilleo en el estómago. Además de provocar que me quede hipnotizada mirando cómo sube y baja su nuez.

—¿Vamos a lo de Antonia?

—No, hoy voy a llevarte a un sitio especial.

—¡Qué intriga!

—Anda, ve arrancando el coche, que voy a despedirme de Fernando y Carmen.

Lo veo salir y me dirijo a la tienda. Ambos se preocupan por cómo se encuentra Daniel, y se quedan tranquilos cuando les digo que está bien y que vamos a salir a comer. De todas formas, luego tengo que volver para hacer unos encargos que van para Sevilla esta misma tarde.

Salgo por la puerta de atrás y sonríe al verme. La verdad es que lo que hay en casa solo es carne mechada, pero a Leyre le sale muy rica.

No, no me he vuelto loca, mis tres hijas están fuera, dos de ellas en Granada, la otra camino de Jaén e Inma y Carola están en casa de Encarna. Si no, jamás me hubiera planteado llevarlo por muy amigos que seamos.

—¿A dónde vamos? —me pregunta cuando ya me he puesto el cinturón.

—A mi casa.

—¿Eso es una proposición indecente? —pregunta con falsa indignación—. Creí que solo éramos amigos.

—¡Qué tonto eres! Leyre ha hecho comida para todas y sus hermanas no están.

—Genial. Entonces no hay nada de indecente, comeremos los tres juntos.

—No, ella está fuera con las chicas de su equipo de voleibol. Es la entrenadora y tenían partido fuera.

—Vaya. Vuelve entonces a ser algo indecente, querida amiga.

—Anda, arranca ya y deja de decir tonterías.

Llegamos a casa, aparca cerca del edificio y subimos rápido. Esto es un pueblo, y hay demasiada gente cotilla suelta. Lo que menos me apetece es dar que hablar.

—Bienvenido a mi hogar —le digo nada más cruzar la puerta—. No te asustes si ves algo por medio. Estamos trabajando las tres en la panadería.

—Trabajo en familia.

—Sí. Todos los años hay mucha actividad en estas fechas, y cada año desde que llegué al pueblo, ha ido subiendo poco a poco. Pero lo de este año es brutal.

Se me queda mirando y veo un brillo especial y diferente en sus ojos. Empiezo a sentirme incómoda y pienso que en realidad no ha sido tan buena idea traerlo aquí. Lo cierto es que no nos conocemos tanto. ¿Y si es un psicópata? O peor aún, ¿y si se ha encaprichado de mí, su amistad no es sincera y pretende seducirme?

—¿Sabes por qué soy uno de los empresarios más importantes del país? —Esa pregunta me deja descolocada, pero decido responder.

—No, nunca lo hemos hablado.

—Porque tengo una visión de negocio alucinante. Rita, esa panadería ha ido aumentando la clientela gracias a ti.

—Anda ya… —De verdad que este hombre está loco. ¿Cómo va a ser eso posible?

—Dime una cosa. ¿Desde cuándo recibís pedidos desde fuera de la provincia?

—No sé exactamente, pero creo que desde hace unos cuatro años.

—¿Y sigues pensando que no es gracias a ti? Rita, tu repostería es una pasada. Jamás he probado unos dulces ni unas galletas como las tuyas. ¿Sabes lo difícil que es encontrar un dulce sin azúcar que te haga pensar que es imposible que no la lleve por su sabor? —Niego con la cabeza—. El tuyo ha sido el primero.

—Se me da bien, no lo puedo negar —le doy la razón al tiempo que se acerca a mí y toma mi cara entre sus manos.

—Eres brillante en lo tuyo. Créeme.

Ay Dios, ¡que cada vez está más cerca de mi cara! Ay Dios, ¡que me va a besar! Ay Dios, ¡que no quiero que me bese! Ay Dios, ¡que me derrito con su mirada! Ay Dios, ¡que ahora soy yo la que está rozando mi nariz con la suya! Ay Dios, ¡que voy a besarlo!

De fondo, escucho el sonido de mi móvil, y consigue que se rompa el momento y nos separemos abruptamente.

—Tengo que contestar, es la melodía de Leyre. Espero que sea para decirme que ya ha llegado a su destino.

Saco el teléfono del bolso, le digo que se siente en el sofá y me dirijo a mi habitación para llamar a mi hija mayor.

Me dejo caer en la cama con el móvil en la mano. No sé qué cojones está pasando ni cuándo esto que debía ser una buena amistad a cada momento lo veo más cargado de tensión sexual. Y no es eso lo que estoy buscando en este momento de mi vida.

10

No entiendo qué me está pasando con Rita. Joder, no es para nada mi tipo. A mí me gustan más jóvenes, pero es que no puedo evitar acercarme a ella, mi cuerpo me empuja a abrazarla a la primera de cambios, ¡que la hubiera besado si no llega a interrumpirnos el teléfono!

En cuanto coma, me voy directo al bar del hotel, estoy seguro de que allí encontraré compañía, a la vista está que necesito sexo urgentemente… Y no me voy ya porque estaría feo, y lo mismo esto solo me está pasando a mí, como ya he pensado en alguna ocasión. Sinceramente, no quiero perder su amistad por un calentón. ¿Os imagináis que intento algo con ella y no es correspondido? Ahí seguro que me da una patada, y hace mucho que no me encuentro a alguien con quien poder hablar de todo sin medir las palabras.

—Ya puedo quedarme tranquila. Han llegado bien a Jaén.

—Me alegro.

—Bueno, te toca ayudarme. Tú vas poniendo la mesa mientras yo caliento la comida, ¿te parece?

—Me parece genial.

Una sensación de alivio me embarga al ver que lo que ha pasado antes solo ha sido un momento de tensión sexual para mí, que nada entre nosotros ha cambiado y sigue siendo la misma de siempre conmigo.

Me dirijo a la cocina tras ella y empieza a darme indicaciones de dónde están las cosas mientras prepara una ensalada y la carne se calienta en el fuego. Tiene un microondas, le comento que ahí sería más rápido, y su respuesta me hace sonreír. No hay nada como el calor de las llamas para la comida.

—Para beber solo tengo agua y refrescos. ¿Qué prefieres?

—Agua, por favor, que con el azúcar de antes ya tengo suficiente.

—Estupendo.

—¿Dónde está el baño? Tengo que ponerme la insulina —le comento mientras empiezo a desabotonarme la camisa para inyectármela en el brazo.

—Anda, dame, que yo te la pongo. Estoy más que acostumbrada, llevo muchos años cuidando a personas mayores. ¿Qué haces desnudándote?

—Es que nunca me pincho en el mismo sitio, por eso quería entrar al baño, ahora me toca en el brazo izquierdo.

—Bueno, mientras no te toque en el muslo, vamos bien. —Su comentario me arranca una carcajada sincera—. A ver, que somos amigos, pero una cosa es eso y otra que vayamos enseñando nuestra ropa interior así como así.

Termino de deshacerme de la manga de la camisa y le doy el bolígrafo de insulina. Coge un pellizco y no duda en pincharme y apretar el botón hasta inocular el líquido.

—Listo. Vuelve a tapar esa cantidad de músculos que tienes y vamos a comer, vaya a ser que te dé otra hipoglucemia. Por cierto, estás bueno, ¿eh? —agrega, apretando el bíceps del brazo que tengo cubierto, y esa parte de mi cuerpo que tapa la ropa interior que no quiere que le enseñe vuelve a reaccionar sin permiso.

Lo dicho, necesito desfogar, porque esto no es normal.

Comemos charlando de todo un poco. Me cuenta que le gusta la repostería desde que era pequeña, ya que su padre era un gran pastelero. También cómo su vida se truncó al morir él cuando tenía siete años. Me hubiera gustado preguntar por su madre, pero me da la sensación de que no es un tema del que le apetezca hablar, y no quiero que se enrarezca el ambiente tan distendido y cómodo en el que nos encontramos ahora mismo.

—Estoy trabajando en una nueva receta de torrijas al vino, pero no termino de darle el punto que busco. He probado varios vinos, pero tienen alto contenido en azúcar, y quiero que sean aptas para diabéticos.

—Hay un vino que probé hace poco tiempo que el contenido de azúcar que tiene es natural, no le añaden para la fermentación.

—¿Sí? Pues dime cuál es y pruebo.

—Voy a mirar si lo venden por aquí cerca. Es vino de cereza, originario de los Grandes Lagos de Michigan.

—La verdad es que nunca lo había escuchado, pero puede ser una buena solución.

—Por aquí cerca no encuentro nada, pero…

He encontrado una web que lo envía en un día, así que mañana podría estar aquí. No lo pienso, introduzco los datos del hotel y procedo al pago. Lo malo es que mañana es domingo, así que llegarán el lunes.

—No me dejes con la intriga del pero…

—Vale, si todo va bien, pasado mañana me llegará al hotel.

—¿Lo has comprado? —pregunta sorprendida.

—Por supuesto, tengo que probar ese experimento. Si alguien tiene que morir, que sea yo, no el resto de la humanidad.

Ahora la que ríe con ganas es ella. Tanto que me contagia y no podemos parar. Por suerte, ya hemos terminado de recoger la cocina mientras hablábamos del vino, y nos sentamos en el sofá intentando calmarnos.

—Hace muchísimo tiempo que no me reía tanto. Y me encantaría quedarme un rato más contigo, pero… quiero darme una ducha antes de volver a la panadería.

—Entonces será mejor que me vaya… Por cierto, ¿esta semana trabajas todos los días?

—No, cuando cerremos el jueves, ya no abren hasta el martes. Viene el hijo de Fernando y Carmen de Madrid y quieren disfrutar de él, que lo ven poco.

—Te invito el viernes a esquiar.

—Ufff… No sé esquiar y no quiero hacerme daño.

—Yo puedo enseñarte, no nos moveremos de la pista de principiantes.

—Pero…

—No tienes excusa.

—Está bien, acepto la invitación. Eso sí, como me haga daño, vamos a tener un problema tú y yo, que ya tengo una edad.

—Pero si estás hecha una chiquilla —le digo con total sinceridad mientras camino hacia la puerta.

—Adulador —se queja.

—¿Comemos juntos mañana? —le pregunto cuando ya he cruzado el umbral.

—Mañana tengo día en familia. Solemos comer juntos y después disfrutar de la Semana Santa en Granada. Es la tradición. Pero el lunes podemos cenar si te apetece.

—Me parece bien.

—Anda, vete, que voy justa de tiempo, y…

—Te escribo cuando llegue —no la dejo terminar la frase y me acerco a ella para darle dos besos de despedida, pero mi cuerpo toma el control de la situación y se queda en uno solo en sus labios.

Me separo rápidamente temeroso de su reacción, y lo que menos espero es que tire de mí y me plante otro tan sensual que me tengo que contener para no abrir su boca con mi lengua para jugar con la suya.

—Los amigos se despiden con dos besos, no con uno. Nos vemos el lunes.

Y con una preciosa sonrisa, cierra la puerta y escucho sus pasos alejándose. No sé qué demonios está pasando entre nosotros, pero debemos ponerle un alto, porque mucho me temo que esto es lo que viene siendo un cortejo, y eso es algo que suele darse cuando te enamoras de alguien, no cuando es tu amiga o cuando buscas un rato de cama.

No, solo pienso tonterías, nosotros no creemos en el amor.

11

Media hora. Ese es el tiempo que falta para que me recoja Daniel en la puerta trasera de la panadería. A ver qué opináis vosotros, porque yo estoy muy liada. Se supone que somos amigos, pero los besos que nos damos no son para nada de amigos, y las ganas que le tengo tampoco es muy de amigos, sin embargo, se supone que solo somos amigos. ¿Somos amigos o no somos amigos?

Joder, qué manera de repetirme, a ver cómo hace Noni con las repeticiones, va a darle un infarto cuando las lea.

«Tranquila, Rita, estás tan confundida que voy a pasarlas por alto, te concedo estas repeticiones».

Escucho un claxon y me sobresalto, ya está aquí. Cojo el táper que tengo metido en una bolsa y salgo con rapidez. Cierro con llave y me dirijo al coche, donde Daniel me está esperando en el lado del copiloto con la puerta abierta.

—Buenos días, Divino —lo saludo cuando llego hasta él.

—Buenos días, Divina —responde para acto seguido darme un suave beso en los labios.

Nos subimos al coche y emprendemos el camino. Dios, ya estoy tan acostumbrada a nuestros besos que, aunque siguen provocándome un cosquilleo curioso en la boca del estómago, que lo mismo es que me está saliendo una hernia de hiato y no lo sé, lo veo como algo normal entre nosotros.

—¿Has desayunado?

—No, me he levantado con el tiempo justo, apenas he podido darle un par de sorbos al café.

—Podría haberte recogido en tu casa.

—Podrías si no me hubiera dejado esto en la panadería.

—Mmm… ¿Qué traes ahí?

—Un experimento con el que espero que no fallezcas.

—¿Has hecho las torrijas? Dios, me muero por probarlas.

—Yo las probé ayer —confieso.

—¿Y…?

—Creo que he dado con lo que buscaba.

—Lo sabía, sabía que lo conseguirías.

—Bueno, parte del éxito es tuyo, que fuiste quien me recomendó ese vino.

—Hacemos un buen equipo… ¿No te has planteado montar tu propia pastelería? Estoy seguro de que sería un gran éxito.

—Muchísimas veces… Es mi sueño. Perooo las circunstancias no me lo han permitido. Primero, porque mantener a cuatro hijas y una nieta requiere de mucho trabajo y dinero, y después porque no me apetece dejar en la estacada a Fernando y Carmen, les debo tanto…

—Vaya, si me ha salido sentimental al final, eso también es una forma de amar, y dice mucho de lo buena persona que eres.

—Algún día lo haré, no pierdo la esperanza.

—Yo podría ser tu socio capitalista, estoy seguro de que sería un buen negocio.

—Ni de coña. Si algún día lo consigo, será por mi esfuerzo.

—¿No quieres mi ayuda? Me da igual, iré todos los días a comprar cantidades indecentes de dulces y la recomendaré a todo el mundo.

—¡Qué tonto eres! ¿Por qué paras? —pregunto extrañada al ver que está aparcando el coche.

—Me has dicho que no has desayunado, y yo estaba tan impaciente que tampoco lo he hecho en el hotel. Así que vamos a hacerlo ahora mismo, que tengo que pincharme la insulina.

Nos bajamos del coche, entramos en el bar y no hay mucha gente, imagino que todo el mundo estará durmiendo después de la madrugada del Viernes Santo.

Pedimos café y unas tostadas con jamón que están de vicio. Nunca he desayunado en este sitio, pero creo que repetiré cada vez que tenga que venir a Granada.

En poco más de media hora, volvemos a estar de camino a Sierra Nevada. Va explicándome por el camino lo que tiene planeado para el día, y lo dice con tanta ilusión que me contagia al instante.

Lo primero será subir a la habitación para enseñármela y que me cambie la ropa por la de deporte que traigo para esquiar. Después, bajaremos a alquilar los equipos y nos iremos a la zona de principiantes. Eso sí, le he hecho prometer que me dejará descansar un rato y así él podrá disfrutar de la nieve como le gusta.

Llegamos al hotel y alucino con la *suite* que tiene. Es increíble. Grande, luminosa, con unas vistas increíbles y… ¡un *jacuzzi* en la terraza!

Entro en el baño para cambiarme y lo dejo en el salón mirando una cosa en el móvil. Cuando salgo, lo pillo comiéndose una de las torrijas y lo miro con la boca abierta.

—Lo siento, no he podido resistirme… Esto es lo mejor que he probado en mi puñetera vida, de verdad.

—Iba a echarte la bronca, pero después de escucharte… ¿Lo dices en serio?

—¿Que si lo digo en serio? Esto es alucinante, Rita.

Termina de comerse el trozo que le queda y me mira con detenimiento cuando termina de tragar.

—Joder, la ropa de trabajo no te hace justicia, ¡qué bien te quedan esas mallas…!

—Anda ya… Tengo el culo caído, un pitraquillo en la barriga por los tres embarazos y ya si hablamos de estas… —resoplo, señalando mis pechos—. A las tres las he amamantado durante mucho tiempo.

Se acerca a mí, me toma la cara entre sus manos, me mira a los ojos y me acaricia los pómulos con los pulgares.

—Pues yo te veo perfecta —susurra justo antes de unir sus labios a los míos.

Y por primera vez, entreabro la boca para saborear sus labios con mi lengua, y la suya le da al encuentro buscando conocerse.

Su teléfono suena y rompe el momento. Joder, joder, joder… Si no hubiera recibido ese

mensaje, estoy segura de que no habría podido parar hasta…

¡Mierda!

12

A mí va a darme un infarto con esta mujer. Joder… Ufff… No puedo con esto. Casi me corro al sentir su lengua saboreando mis labios. Pero ¿qué me pasa? ¿Por qué me tiene tan al límite una mujer que no…? Vale, no es mi tipo, pero no puedo negar que me gusta, y mucho, ya no puedo seguir negándomelo. ¡Qué digo mucho! ¡Me vuelve loco!

Si no hubiera llegado el mensaje de que nuestros equipos estaban listos, estoy seguro de que habría intentado llevarla a la cama. Es que ahora mismo no hay nada que desee más que eso…

¡Y vamos a esquiar! Pero ¡si yo podría derretir un iceberg en dos segundos!

Tengo que respirar hondo y tranquilizarme. Ese beso no ha pasado, esa lengua no me ha saboreado, no he enredado la mía con la suya… Esto no funciona y lo que hay bajo mis pantalones lo sabe.

La voz de Rita preguntándome hacia dónde debemos ir me saca de mis pensamientos, y le indico el camino con una sonrisa tensa.

Llegamos al sitio y la joven que nos atiende nos ayuda a prepararnos, cosa que agradezco, porque si tuviera que ayudar yo a Rita, colapso del todo. Tocarla hubiera sido una de las peores torturas que hubiera podido recibir en mi vida.

—Creo que ha habido una equivocación en su reserva, señor —me dice la chica, que me conoce ya después de tanto tiempo viniendo.

—¿Por la pista de principiantes?

—Sí, exactamente.

—No, es que ella no ha esquiado nunca —le explico para que se le pase el apuro de pensar que la había liado el compañero de las reservas.

—Pues espero que disfrute de la aventura —se dirige a Rita con una sonrisa.

Nos despedimos de la joven y nos dirigimos a la pista cargando con los esquís y los bastones.

—¿Estoy a tiempo de arrepentirme? —me dice Rita cuando estamos llegando.

—Ya es tarde, hemos llegado.

—Es que me da un miedo terrible.

—No va a pasarte nada, te lo prometo.

—Venga, que si lo pienso más, salgo corriendo y soy capaz de llegar hasta Maracena.

Le anclo los esquís y la ayudo a avanzar. Está tensa y eso le impide dejarse llevar sobre la nieve. Aunque poco a poco se va relajando al ver que no se ha caído en el primer intento.

—Vas muy bien. Inténtalo sola, aunque solo sea un par de metros.

—Me voy a caer…

—Yo voy a tu lado. Además, a esta velocidad no vas a hacerte daño.

—Vale, lo intento.

Pasamos así un par de horas, hasta que ya no puede más. Eso sí, creo que han sido las dos horas más divertidas de mi vida.

Emprendemos el camino de regreso sobre los esquís, hasta que llegamos a una zona en la que ya debemos quitárnoslos. Rita, que va delante de mí, para en seco y yo, que no me lo espero, choco contra ella.

Acabamos en el suelo, con los esquís hecho un lío y riéndonos a carcajadas. Por suerte, el personal viene rápido y nos ayudan a quitárnoslos.

—Anda, dame la mano, que te ayudo a levantarte —le digo una vez estoy de pie.

—Está bien —responde ahora que ha conseguido parar de reír.

Tiro de ella y lo hago con demasiada fuerza, tanta que casi trastabillo y caemos de nuevo a la nieve por el impacto de su cuerpo. La abrazo por la cintura con la mano que me queda libre para estabilizarnos y ella no duda en soltar la otra para rodear mi cuello.

—Me alegro de no haber salido huyendo, lo he pasado muy bien a pesar del miedo que tenía al principio.

—Yo también lo he pasado genial, eres una gran alumna.

—Gracias por este rato tan maravilloso.

—Podemos repetir cuando quieras —la invito cuando nuestras narices ya se están rozando.

Y estamos a punto de besarnos de nuevo cuando un gracioso llega haciendo lo que no debe y acaba cayéndonos encima un montón de nieve, cortando de raíz lo que estaba a punto de suceder, y es que encima se lo voy a tener que agradecer y todo.

—¿Tienes hambre? —le pregunto mientras nos sacudimos.

—Sí, un montón, el ejercicio me ha abierto el apetito —responde con la mano en el estómago.

—Pues vamos, antes reservé mesa en el restaurante.

—Pero tendremos que subir a cambiarnos, ¿no?

—No hace falta. El mono es impermeable, solo tienes que quitártelo.

—Pero este sitio es muy… esnob, no puedo ir vestida así.

—Yo lo voy a hacer, lo hago siempre, y todos los que comen justo después de esquiar como nosotros.

—Pues a comer se ha dicho…

Se da por vencida y nos dirigimos al restaurante cogidos de la mano. Hay nieve y no quiero que se resbale. Mentira, con las botas que lleva no va a resbalarse en la vida, pero es que me apetece sentir sus dedos entrelazados con los míos.

13

Nos sentamos a comer y me doy cuenta de que no me estaba diciendo lo de la ropa por no subir a la habitación primero. Es verdad que hay mucha gente con ropa deportiva, y si bien la mía no es de marca, no desentona para nada.

Pedimos las bebidas. Esta vez sí optamos por un vino, en principio, no tendrá que conducir hasta dentro de un buen rato para llevarme de vuelta, eso si no doy una estampida, porque cada vez me siento más atraída por él, y no solo en el plano físico, sino en…

Sé que lo que voy a decir suena muy extraño en mí, pero creo que me estoy enamorando de este hombre, y eso no puede traerme nada bueno. La única vez que me permití amar a alguien… Prefiero no pensar en eso, no me siento demasiado orgullosa de lo que hice, a pesar de que la culpa nunca fue mía.

—¿En qué piensas? —me pregunta cuando la camarera trae el vino.

—En nada importante.

—Pues se te veía un poco triste.

—Sí, bueno, Inma se llevó ayer a mis hijas a Madrid hasta el lunes —miento en parte, porque realmente no estaba pensando en eso, aunque sí me causa cierta tristeza—. Nunca me he separado de las tres a la vez… —dejo la frase en el aire porque esa afirmación me ha hecho sentir sola y se me ha formado un nudo en la garganta.

—Bueno, piensa en lo tranquila que vas a estar estos días. No tienes que trabajar, ni pensar en nadie más que en ti. Puedes aprovechar para hacer lo que te dé la gana.

—Mirándolo así, tienes razón. Pero como nunca he vivido algo parecido, pues me siento… rara —confieso, siendo totalmente sincera.

—Yo estoy acostumbrado a la soledad, la verdad. La hermana de mi abuela, que fue la que

prácticamente me crio, murió cuando tenía dieciséis años, y mi abuela…

—¿No te llevabas bien con ella?

—Ella no se llevaba bien conmigo.

—Vaya… Joder, pues no lo entiendo. Carola no es sangre de mi sangre, y daría mi vida por ella, puedes estar seguro. Es mi nieta con todas las letras.

—Así debe ser, Rita. El problema es que ella no me quiso desde que estuve en el vientre de mi madre.

—¿Embarazo no deseado?

—Sí, una noche loca. Como ya te conté, quiso que abortara, pero mi madre se negó, y aunque lo intentó de formas nada éticas, no lo consiguió.

—¿Le dio algo para que perdiera al bebé? —pregunto sin poder creerlo.

—Lo intentó, pero mi tía Herminia la vio y lo evitó.

—Virgen santa… —exclamo compungida.

—Y el remate fue que mi madre murió en el parto, por lo que tuvo que hacerse cargo de mí… Me hizo la vida imposible siempre, aunque mi tía me rescató de su lado cuando tenía siete años y me crio como si fuera su hijo. Hasta que murió y tuve que regresar con ella. Por suerte, ya era un adolescente con una personalidad bastante definida y que le sacaba más de una cabeza. Así que nunca se atrevió a ponerme una mano encima porque sabía que podía frenarla, y su maltrato psicológico no hacía mella en mí.

—Nadie debería pasar por algo así —le digo, entrelazando los dedos de una de nuestras manos al ver el dolor y la pena en sus preciosos ojos.

—Pero no todo fue malo, ¿sabes? Cuando murió, yo tenía veinticinco años, y me dejó en herencia cien mil euros y una casa que valía cinco veces más. La vendí, y con ese dinero, me compré un piso modesto y empecé mi vida empresarial.

—Al final no se salió con la suya entonces, no logró hundirte la vida, y eres un hombre maravilloso… Ahora te admiro un poquito más que antes.

Se lleva mi mano a sus labios y me da un beso en el dorso para después acariciarla con la

mejilla. Un momento tan íntimo que se me olvida que estamos rodeados de gente, solo existimos él y yo, hasta que la camarera llega con nuestros platos.

Dejamos el tema de lo que fue el comienzo de su vida y nos centramos en contar anécdotas que nos saquen una sonrisa, como cuando apareció Lucciano en nuestras vidas e Inma no se acordaba de él siendo el padre de Carola… O la que se lio cuando Isabel se enteró de que Miguel era asquerosamente rico, que ese fue el motivo que hizo que nos conociéramos. Todavía recuerdo aquella cena el día de San Valentín, dos personas que huimos del amor como si fuera la peor lacra del mundo cenando juntos ese día.

Terminamos de comer y hago el intento de pagar cuando me levanto con la excusa de ir al baño, pero la camarera que nos ha atendido me dice que Daniel ha pedido que lo carguen a la cuenta de su habitación. Esa en la que, cuando subamos para darme una ducha y cambiarme de ropa para llevarme a casa, le pienso echar la bronca, porque hoy no me está dejando pagar nada, y eso no es justo.

Lo observo a lo lejos y veo a varias mujeres dedicándole algunas miradas que gritan lo atractivo que es y el magnetismo que tiene. Y las entiendo, porque estoy segura de que yo lo miro de la misma manera… Menos mal que el lunes regresa a Madrid y dudo que nos volvamos a ver en una buena temporada. Y eso es algo muy bueno, porque hace mucho tiempo que me juré a mí misma no volver a enamorarme, y este hombre amenaza con dar al traste con ese juramento.

14

Subimos a la habitación con la intención de descansar un poco viendo una película y vestirnos para llevarla de vuelta a Maracena. Contarle mi infancia y mi adolescencia ha sido bastante liberador. Con poca gente he hablado de esto, quizá sea Miguel el único que lo sabe.

Entramos y la veo temblar. La verdad es que ha refrescado un poco mientras nos tomábamos el cóctel en la terraza del restaurante, quizá tenga frío, y no hay nada como el agua caliente para entrar en calor.

—¿Quieres darte una ducha?

—Estaría bien. Me ha entrado un poco de frío.

—Pues tú te duchas y yo llamo para que nos suban unos cafés, ¿te apetece?

—El café siempre apetece —me dice con una sonrisa mientras entra en el cuarto de baño.

Llamo al servicio de habitaciones para que nos suban los cafés y lo carguen a mi habitación. Menuda bronca me ha echado antes porque no la estaba dejando pagar nada, pero he sido yo quien la ha invitado.

Escucho el agua correr y mi mente, que es una calenturienta de cuidado, de repente me muestra una imagen de nosotros en la ducha, con ella estampada contra los azulejos, anclada a mis caderas y embistiéndola con fuerza.

Escucho el secador del pelo e intento relajar la erección que vuelve a la carga, como todos los putos días que nos hemos visto en esta semana. Ya no debe tardar mucho en salir, y no quiero que me encuentre en este estado.

Regresa a la habitación justo cuando llama a la puerta el servicio de habitaciones con los cafés.

—Justo a tiempo —le digo, ofreciéndole su taza.

—Esa ducha es una maravilla, pero tampoco quería abusar y me moría de ganas por el café.

—¿Se te ha pasado el frío?

—Sí, ya estoy calentita —me responde sonriente.

—Ven, que quiero enseñarte las maravillosas vistas que hay desde la terraza.

—Espera, voy a coger el abrigo.

—No, compartimos manta, que hay humedad y se te va a mojar.

Cojo la manta del sofá, salimos y dejamos los cafés sobre la mesa que hay. Me tapo por los hombros y paso un brazo por los suyos para taparla y atraerla hacia mí. Ella, por su parte, rodea mi cintura por detrás y deja caer la cabeza sobre mi pectoral.

—Esto es increíble… —susurra maravillada.

—No puedo estar más de acuerdo. Cuéntame algo de ti, quiero conocerte un poquito más.

—Es justo, tú te has abierto en canal hace un rato.

»A ver, como ya te conté, mi padre murió cuando yo tenía unos siete años, y mi madre… se dio a las drogas. Bueno, creo que ya llevaba algún tiempo tonteando con ellas, pero lo de mi padre fue la puntilla. Así que Asuntos Sociales me alejó de ella cuando tenía nueve años.

—Vaya…

—Me llevaron a un centro de menores y a los pocos meses con una familia de acogida provisional antes de que alguna familia se interesara realmente en adoptarme. Creo que esa casa fue el mejor sitio en el que estuve, después fueron tres más en las que pasé de todo. No entiendo la gente que quiere adoptar a una criatura, y cuando ya no les va bien, la devuelven como si nada.

»Yo entiendo que era una niña difícil, que me costaba adaptarme, pero siempre acataba las normas por mucho que no las compartiera…

»La primera familia me devolvió porque la mujer se quedó embarazada y tuvo un niño, así que ya no necesitaban a la cría de once años que habían adoptado porque no podían ser padres.

—¡Qué cabrones!

—La segunda, porque mordí a uno de sus hijos, que intentó abusar de mí con tan solo trece

años.

»Fue su palabra contra la mía, y era de lógica que yo saliera perdiendo.

—Dime que lo denunciaste…

—¿Para qué? Era una batalla perdida, las cosas entonces no eran como ahora.

»Y la tercera… De la tercera me escapé en cuanto cumplí los dieciocho años, porque básicamente era su criada, me tenían para limpiar, cuidar los niños pequeños que tenían, cocinar…

—¡Madre mía, Rita!

—Fue entonces cuando conocía a Carlo. —No escucha nada de lo que le digo, es como si no la estuviera interrumpiendo, está tan metida en lo que me está contando que no puede parar de hablar—. Yo empecé a prostituirme para conseguir dinero… Es algo de lo que no estoy orgullosa, pero que tuve que hacer para sobrevivir. Él me sacó de la calle, me dio un techo, comida, ropa, cariño… Y me enamoré de él sin remedio.

»Lo que no me contó en ningún momento era que estaba casado y su mujer esperando una hija, eso lo supe mucho después, casi seis años después para ser exactos, cuando su ex, de la que se divorció sin que yo supiera nada, intentó suicidarse y tuvo que traer a vivir con nosotros a su hija.

—Inma, ¿verdad? —Ahora sí reacciona y me mira asintiendo.

—Llegó a mi vida asustada, muy delgada, triste y con la pena ahogándola, y fue mi Leyre la que la sacó del pozo, ya que apenas tenía un año menos que ella. Se hicieron inseparables, y lo siguen siendo a día de hoy.

»¿Sabes? La vida me pagó con la misma moneda. Destruí una familia y pasó lo mismo con la mía. Carlo me dejó diez años después por una joven de veinte años, y me vi con treinta y cinco sola, con mis tres hijas biológicas e Inma, a la que también abandonó.

»Por eso dejé de creer en el amor, por eso huyo de él, porque la única vez que me enamoré destrocé la vida de una mujer que no lo merecía.

—Pero no puedes culparte por eso —le digo al tiempo que suelto la manta y comienzo a

limpiar las lágrimas de sus mejillas—. El único culpable fue él, que nunca te dijo la verdad. Para ti era un hombre tan solo como tú. Rita, tú eres una gran persona, otra hubiera mandado a paseo a Inma, y te hiciste cargo de ella como si fuera una más de tus hijas. Dios, si hasta la ayudaste a criar a Carola. Eres una mujer increíble.

La abrazo contra mi pecho y acaricio su espalda dándole consuelo, hasta que se separa de mí y tira de mi cuello para unir sus labios a los míos con una ternura y una pasión que me hacen arder por dentro, y solo deseo que ningún teléfono suene en este momento.

15

No me he podido contener, he tenido que besarlo, porque nadie me ha dicho nunca algo así, y porque, podéis llamarme loca, pero he sentido amor en su mirada, una mirada tan pura que jamás he visto otra igual.

Y aquí estamos, devorándonos y acariciándonos, y lo peor de todo es que no quiero que pare, que mi cuerpo necesita más, y no sé si él quiere lo mismo o no; siendo sincera conmigo misma, no tengo nada que ver con esas mujeres que lo miraban con lujuria en el restaurante, las mujeres a las que él estará acostumbrado.

—Joder, Rita… —me dice, apoyando su frente en la mía, y siento cómo la inseguridad se va a apoderando de mí y va a tomar el control de la situación.

—Lo siento, no debí besarte, creo que será mejor que me vaya.

—¿Irte? —pregunta cuando ve que me separo de él.

—Sí, yo no… Joder, he sabido desde el primer momento que solo podíamos ser amigos, y yo… no estoy a la altura de…

Me frena en mitad del salón de la habitación, me toma por la cintura y me aprieta contra él.

—No vuelvas a decir eso último en la vida. Rita, me vuelves loco loquísimo, y llevo toda la puta semana conteniéndome, porque, créeme, esto no tiene nada que ver con la amistad —dice, llevando mi mano a su entrepierna.

—Daniel… —no puedo hablar por la impresión.

—Me gustas mucho, muchísimo, y lo único que me apetece en este momento es disfrutar contigo en esa cama.

Sé que esto va a mandar a la mierda nuestra amistad, pero es que yo deseo lo mismo que él en este momento, y estoy cansada de hacer siempre lo que debo y no lo que me apetece. Así que

hoy voy a permitirme dejarme llevar, ya mañana tendré tiempo para arrepentirme y fustigarme por haberlo estropeado todo, como siempre.

Mi mano aún permanece sobre su erección, y mi respuesta a su propuesta es empezar a masturbarlo, provocando un gemido que brota de su garganta.

Comienza a desabrochar mi camisa a la vez que meto las manos por el pantalón deportivo para agarrar su culo y apretar su erección contra mi vientre.

La ropa vuela, y por increíble que parezca, no me da vergüenza mostrarme desnuda delante de él, me hace sentir una confianza que ya creía perdida.

Llegamos hasta la cama, y hago que se tumbe para subirme a horcajadas sobre él. Lo beso con delirio, nuestras lenguas juegan sin descanso, y comienzo a moverme sobre su erección, enterrándola entre mis pliegues, masturbándome con ella, y los gemidos de ambos no tardan en llegar.

Sus manos en mis caderas marcan el ritmo, hasta que para haciendo que lo mire sin comprender el motivo.

—Rita, si no quieres que sigamos…

—¿Por qué dices eso? Claro que me apetece, ¿acaso tú no? —pregunto entre sorprendida y decepcionada.

—¿Cómo no voy a querer? Pero… Lo normal… —balbucea apurado.

—Habla claro, por Dios —me desespero.

—No noto tu humedad, cariño.

—Ah, es eso… Joder, creí que te habías arrepentido. Eso tiene solución.

—¿Adónde vas? —me pregunta cuando me separo de él, me levanto de la cama y voy corriendo hasta el salón, donde está mi bolso. Por suerte, ayer estaba tan cansada que se me olvidó sacar el bote de lubricante que compré en la farmacia.

—No es que no me apetezca —le digo cuando vuelvo a la cama abriéndolo—. Se llama menopausia, y yo no veo la regla desde los cuarenta y cinco. Hay veces que no tengo lubricación, y estás de suerte porque también me pasa con los juguetes y justo ayer compré este.

—Estupendo, porque lo que menos me apetecía era parar. Dame ese bote. ¿Tendremos suficiente para todo el fin de semana, o salimos luego a comprar más?

—¿El fin de semana?

—Nadie te espera en casa, tú misma lo dijiste antes, y creo que este plan es más divertido que pasar estos días sola, viendo películas y tirada en el sofá. —Me dan ganas de protestar, pero ha descrito a la perfección en lo que iba a consistir mi vida hasta el martes—. Además, llevo una puta semana deseándote, ¿en serio piensas que voy a tener suficiente con un solo polvo?

—Uuuh… Te veo un pelín sobrado…

Me quita el bote, se echa un poco en la mano y embadurna su erección.

—Sube y sigue con lo que estabas, que esto es solo el principio, porque pienso follarte de todas las formas posibles. Por cierto, podríamos ir a buscar esos juguetes de los que has hablado, a mí me encanta el juego.

Hago lo que me pide, y de verdad deseo que cumpla con sus palabras, el problema es que me gustaría que no solo lo hiciera este fin de semana, y eso me da demasiado miedo.

16

Hoy es lunes, y os puedo asegurar que estos últimos días han sido los mejores de mi vida. Y no solo por el sexo, que ha sido espectacular, sino porque no hay nada que no me guste de Rita.

Sí, ahora puedo decirlo y gritarlos in problema alguno. Yo, el que no creía en el amor, el que huía de él y me mofaba de quienes lo vivían, el que nunca quiso compartir su vida con nadie… Me he enamorado.

No sé cómo ha pasado, os lo prometo, pero miro hacia delante y no veo un futuro sin ella a mi lado, y no como amigos solo, sino como pareja.

¿Tengo miedo? Sí, mucho, creo que es lo que más me ha aterrado en mis cincuenta años, pero también me siento con valor para enfrentarlo.

La veo moverse en la cama, está a punto de despertar, aún tiene los labios hinchados por los besos y la barbilla raspada por mi barba de cuatro días, porque ni tan siquiera he tenido tiempo para afeitarme.

—Buenos días, Divino —me saluda como cada mañana en los últimos días—. ¿Llevas mucho tiempo despierto?

—Solo unos minutos.

—¿Has pedido el desayuno?

—No he tenido tiempo.

—Estupendo, porque me he levantado con mucha hambre.

Se pierde entre las sábanas y mi cuerpo reacciona a sus palabras. Va directa a mi entrepierna y comienza a acariciarme lento al principio, después más rápido cuando empiezo a endurecerme, y cuando me tiene en el punto que quiere, su boca se apodera de mí.

—Joder, cariño, ¡cómo me gusta!

Si sigue marcando ese ritmo, voy a correrme en un suspiro, y no es lo que quiero, me gusta disfrutar cada orgasmo acompañando al suyo.

—Para y ven aquí. Sé que no nos quedan condones, pero podemos jugar como la primera vez. —Ella no dice nada, simplemente se sube encima y noto su humedad, esta vez no vamos a necesitar lubricante.

Se balancea sobre mí durante unos segundos, frotándose y embadurnándome de ella, pero se separa y coloca mi polla en la entrada de su sexo, para acto seguido dejarse caer, haciendo que entre en ella por completo.

—Madre mía, Rita, estoy tocando el paraíso al sentirte así.

—Ya somos dos —jadea mientras me monta, y la masturbo para que los dos lleguemos a la vez, ya que no creo que yo dure mucho.

Nos corremos con el nombre del otro en un gruñido, y puedo asegurar que ha sido el mejor orgasmo de mi vida.

Cae desmadejada sobre mí, conmigo aún dentro de ella, y no puedo dejar de acariciar este cuerpo desnudo que tan loco me vuelve. Ella puede decir lo que quiera, pero para mí es perfecta.

—Te quiero —suelto sin saber qué cojones me ha invadido para hacer tal declaración, y la noto tensarse, para justo después separarse de mí y tumbarse en la cama.

La he cagado, lo sé, pero es lo que siento por ella, y no he sido capaz de reprimirme.

Hace el intento de levantarse de la cama y se lo impido, ya que lo he soltado, no pienso contener lo que me hace sentir.

—Daniel, por favor, no me hagas esto.

—¿Por qué? —pregunto, incorporándome en la cama para que estemos cara a cara.

—Porque no quería que llegáramos a esto, sabía que íbamos a terminar sufriendo, que uno de los dos iba a empezar a sentir más por el otro y…

—¿Estás queriendo decir que tú no sientes lo mismo? Porque no te creo.

—Da igual lo que sienta o no, es que esto no debía pasar…

—No te entiendo, Rita. Si los dos estamos sintiendo algo más, aunque no fuera lo que buscábamos, ¿por qué no podemos intentarlo?

—No, lo único bueno que me ha traído el amor son mis hijas, pero todo lo demás ha sido dolor y sufrimiento. Aunque quisiera, no podría, Daniel. El miedo y la culpa por lo que provocó que amara a otra persona pueden más que cualquier cosa…

—Pero, cariño, ¿qué culpa? Si tú no hiciste nada malo.

—Me crucé en su camino, me aferré a la única persona que me demostró algo de cariño, me dejé embaucar porque nunca había sentido algo así desde que faltó mi padre. Fue el amor que sentía lo que destrozó una familia, y me niego a destrozar a nadie más.

»Lo siento, Daniel, pero no puedo.

Se levanta de la cama y se mete en el baño echando el pestillo para que no pueda ir tras ella.

La escucho llorar bajo la ducha, y no puedo evitar que mis lágrimas también hagan acto de presencia, esas que no aparecen desde que le di el último adiós a mi tía.

Me tumbo en la cama intentando no pensar, pero me duele demasiado que no quiera darnos una oportunidad por algo que escapó a su control. Y así me quedo hasta que la veo salir y comenzar a vestirse, con los ojos enrojecidos por el llanto.

Me levanto para empezar a vestirme yo también y llevarla a su casa, pero me detiene.

—No quiero que me lleves. Prefiero irme en un taxi.

—Rita…

—Por favor —me dice muy seria con un ligero temblor en la barbilla y los ojos anegados en lágrimas.

No vuelve a decir nada más hasta que pronuncia la palabra adiós cruzando la puerta de la habitación, dejándome con el corazón hecho mil pedazos y la certeza de que jamás podré dejar de quererla.

17

Llego a casa y la desolación se apodera de mí. Sigo sin comprender cómo Daniel ha conseguido derrumbar todas las barreras que había construido entorno a mí. Porque sí, me he enamorado como una estúpida.

Me tumbo en la cama y dejo que las lágrimas fluyan sin control, en unas horas tendré que volver a ser la de siempre, la que mis hijas siempre han conocido, no puedo dejarme caer de nuevo, ya no soy la mujer indefensa que Carlo dejó tirada hace tantos años.

Intento dormir un poco para no pensar, pero no puedo, las imágenes de este fin de semana se suceden una tras otra, y no solo acuden a mi mente los buenos ratos que hemos pasado en la cama, sino los compartidos viendo películas, comiendo y disfrutando de las vistas mientras charlábamos, conociéndonos un poco mejor el uno al otro.

Me levanto y decido salir a dar un paseo. Mis pies me llevan hasta la panadería, y veo luz en la casa de al lado, Fernando y Carmen deben estar dentro, no sé si Lorenzo habrá regresado ya a Madrid.

Llamo a la puerta para avisarles de que voy a entrar en la panadería, hacer dulces siempre me relaja, y es algo que necesito muchísimo en este momento.

—Rita, ¿cómo tú por aquí? —me saluda Carmen—. Pasa, ahora mismo estábamos hablando de ti.

—¿De mí? Venía a deciros que iba a entrar en la pastelería a inventar un poco.

—Entra en casa, que Fernando y yo tenemos que hablar contigo.

Esa última frase la ha dicho con un deje de nerviosismo que no me ha gustado nada. La he visto nerviosa muchas veces, pero nunca de la forma en que está hoy, y algo me dice que no es bueno lo que estaban hablando de mí. ¿Les habrá sentado mal que Daniel haya estado en varias

ocasiones en la panadería mientras trabajaba? Si ese es el motivo, pueden quedarse tranquilos, porque no volverá más.

Fernando se acerca a mí y me da un abrazo, y Lorenzo, su hijo, al que he visto en contadas ocasiones, me saluda con un par de besos y una gran sonrisa.

—Ven, siéntate aquí. ¿Quieres un café? —me pregunta Carmen mientras va hacia la cocina.

—Prefiero una tila, estoy algo nerviosa hoy.

—¿Porque hoy vuelven las niñas? —se interesa Fernando.

—Sí, sí, por eso —miento, porque si les digo el motivo real, romperé a llorar de nuevo.

—No sabía que tuvieras hijas, ¿han ido a algún campamento? —quiere saber Lorenzo, y su padre ríe a carcajadas.

—Ya son mayores para eso, hijo. Leyre tiene casi treinta y cuatro años, y Carmen y Alba están terminando la especialización de Medicina, la primera en cardiología y la otra en traumatología.

—Vaya… Jamás lo habría imaginado, eres muy joven, Rita.

—No tanto, ya tengo cincuenta y tres, pero las tuve muy joven.

Carmen llega con los cafés y se sienta junto a Fernando y su hijo. Me cuentan lo que han estado haciendo y que Lorenzo, al fin, tiene plaza en el hospital de Granada, por lo que en junio ya estará por aquí, cosa que me alegra porque es su único hijo y lo extrañaban mucho.

—También queríamos comentarte otra cosa, Rita.

—Soltadlo ya que me tenéis en ascuas, no podéis ocultar que es algo importante.

—Verás, nosotros ya estamos muy cansados, apenas nos quedan tres años para jubilarnos, y hemos decidido traspasar la panadería.

Noto como si la tierra se abriera bajo mis pies y me engullera al escuchar esas palabras. Me quedo sin trabajo. Sin una de mis principales fuentes de ingresos. A ver, que yo sabía que esto iba a llegar, pero no ahora. Vaya puto día de mierda el de hoy.

—No te asustes, ¿vale? Fernando, Lorenzo y yo lo hemos hablado, y queremos que tú cojas el traspaso.

—Pero, Carmen, sabes que no dispongo de dinero para eso y que ningún banco va a darme un préstamo.

—No te preocupes por eso. También lo hemos pensado, y hemos llegado a la conclusión de que nos va a venir mejor si nos lo pagas por mensualidades. Será como un alquiler, y conoces bien el negocio, sabes que podrás hacerlo sin problema.

Me echo a llorar. Hoy estoy demasiado sensible por lo que ha pasado con Daniel, estaba siendo un día de mierda, y esto ha sido un soplo de aire fresco, aunque tampoco es que me haga mucha gracia estar pensionada a pagar una mensualidad, ya que habrá meses que la cosa vaya mejor y otros que no tanto.

—Tienes para pensarlo hasta que Lorenzo se instale en Granada, un par de meses, hasta entonces no dejaremos de trabajar en la panadería.

—Gracias, muchas gracias, pero sí, necesito pensarlo un poco, no puedo daros una respuesta ahora mismo.

—Ya lo imaginábamos, corazón —me dice Carmen, dándome un abrazo sincero cargado de cariño.

Charlamos durante un rato más, hasta que recibo un mensaje de Leyre preguntándome dónde estoy porque ya han llegado.

Me despido de la familia que ya forma parte de la mía y me dirijo con rapidez a mi casa.

Nada más entrar, mis niñas vienen a abrazarme. Carmen y Alba se van a su dormitorio para empezar a deshacer las maletas junto con Carola, que va a ayudarlas, y Leyre e Inma se quedan conmigo en el salón.

—A ti te pasa algo, mamá. Tienes los ojos de haber estado llorando.

—No, es que creo que me estoy acatarrando.

—¡Y una leche! —exclama Inma tras observarme durante unos instantes—. Tú tienes mal de amores. ¡Ya nos puedes ir contando qué te pasa!

Miro a ambas, rompo a llorar y me dejo abrazar y querer por dos de las personas más importantes de mi vida.

18

Llego a mi oficina en la sede del grupo de empresas de las que somos propietarios Miguel y yo de muy mala gana. Lo único que me apetecía esta mañana era quedarme durmiendo, después de haber descansado poco más de una hora en toda la noche. Cosa que pasa desde hace una semana, cuando todo se fue a la mierda y mi vida se convirtió en un bucle de tristeza.

No puedo dejar de pensar en ella, no me perdono haberme precipitado como lo hice, pero es que nunca me he enamorado, no tengo bagaje en eso, y no tenía ni idea de que debía contenerme para no espantarla.

Aunque lo que más me duele y me jode sin duda alguna es que estoy seguro de que ella también me quiere, pero sus miedos no la dejan dar el siguiente paso, y eso es algo que tiene que solucionar por sí misma, yo no puedo hacer nada al respecto.

—Pero si ha vuelto mi socio de sus vacaciones más que merecidas —exclama Miguel entrando en el despacho.

—¡Qué payaso eres! Si comimos juntos el Jueves Santo en Maracena.

—¿Has descansado?

—Sí, mucho.

—Pues cualquiera lo diría, porque vaya cara tienes. Creo que nunca te había visto tantas ojeras.

—He pasado mala noche, eso es todo.

—¿Mala noche, o demasiado buena? —pregunta con una sonrisa pícara.

—Mala de cojones.

—¿Y eso? —se interesa ahora con auténtica preocupación y se sienta en la silla que hay delante de mi escritorio para quedar frente a mí.

—¿Me prometes que no te vas a reír y que no vas a soltarme un «ya te lo dije»?

—Te lo prometo —dice con seriedad.

—Me he enamorado.

—¿Cómo? —se sorprende.

—Que me he enamorado, que estoy loco por una mujer, que solo quiero pasar el resto de mi vida junto a ella, que no veo el futuro sin que camine a mi lado. Amor con todas y cada una de las letras, eso es lo que siento.

—Vaya… A ver, sabía que te traías algo entre manos, pero jamás hubiera pensado que ese algo era tan profundo.

—Y ahora viene lo más jodido.

—¿Ella no siente lo mismo?

—Mucho peor. Estoy seguro de que también lo está, pero se niega a dejarse llevar y vivir lo que hay entre nosotros.

—Ufff… ¡Qué mal, tío!

—Bueno, no puedo seguir dándole vueltas a eso, ¿te pongo al día de lo que ha sucedido esta semana que has estado en Maracena?

—Sí, anda, y después nos vamos a desayunar, que tu cara pide café a gritos.

Durante más de una hora, hablamos de varios proyectos y de la fundación. Hasta que mi secretario me avisa de que Miguel y yo tenemos una visita que no esperamos. Lucciano, el cuñado de mi socio, está aquí.

Le digo que lo deje pasar mientras apago el ordenador. Aprovecharemos para desayunar los tres juntos ya que estamos, y sí, lo hago porque sé que es el yerno de Rita, y deseo que en algún momento salga a relucir su nombre y saber algo de ella.

—Me pillas saliendo a desayunar —le dice Miguel cuando estoy sacando del cajón mi cartera.

—En realidad, venía a hablar con Daniel —se excusa con mi socio y este lo mira sorprendido.

—¿Con Daniel? ¿Y eso?

—Porque, según Inma, es el culpable del mal de amores de mi suegra.

—¡¿Quéééé?! —grita Miguel, girándose hacia mí con tal cara de asombro que tengo que contener las ganas de reír.

—Vamos a por ese desayuno y hablamos del tema, pero te voy adelantando, Lucciano, que yo no tengo culpa de nada.

Bajamos en el ascensor en silencio, me siento como un reo que va a enfrentarse a un interrogatorio tortuoso que terminará en la horca. Vale, soy un poquito exagerado de vez en cuando, no lo puedo negar, pero es que todo esto es nuevo para mí.

Llegamos al bar, pedimos al camarero en la barra y nos sentamos en la terraza, si me quedo dentro con la calefacción puesta a tope, seguro que terminaré durmiéndome sobre la tostada.

—Bueno, empieza a contar porque me has dejado a cuadros —me pide Daniel sin más preámbulos.

—Todo empezó el día de San Valentín, cuando fuimos a Maracena para que te reconciliaras con Isabel. Nos conocimos ese día, y como ninguno tenía nada que hacer, fuimos a cenar a un bar del pueblo.

»En los siguientes días, empezamos a mensajearnos. Como los dos somos… éramos tan reacios al amor, os criticábamos sin remordimiento alguno por las muestras tan exageradas, que ahora entiendo que no lo son tanto, que os dabais.

»Por eso, cuando cambié mi destino de vacaciones a Sierra Nevada, no dudé en escribirle para vernos. Joder, estábamos construyendo una amistad como la que tenemos tú y yo —digo, mirando a Miguel—. Pero no sé en qué momento, eso cambió y comencé a verla de forma diferente.

»Hasta que el Viernes Santo, pasó lo que tenía que pasar, y estuvimos juntos hasta el lunes. Ahí me di cuenta de que lo que sentía era de lo que llevaba rehuyendo toda mi vida, y me sinceré con ella…

—Rita no lo ha tenido fácil en la vida, Daniel.

—Lo sé, Lucciano, me contó su historia, yo le conté la mía. Hemos hablado tanto que parece que la conociera desde siempre. Hasta sé que algún día quiere montar su propia pastelería,

incluso me ofrecí a ser su socio capitalista…

—Bueno, eso cada vez está más cerca, va a coger la panadería donde trabaja algunas horas. Fernando y Carmen se jubilan.

—Pues me alegro mucho por ella, es el sueño de su vida.

—Voy a darte un consejo que sé que no me has pedido, pero que voy a dártelo igualmente. Tiempo. Rita necesita tiempo, gestionar lo que siente, entender que puede volver a ser feliz.

—Tiempo tiene todo el que quiera, porque jamás podré enamorarme de cualquier mujer que no sea ella.

19

Algo más de dos semanas. Ese tiempo hace que terminó la Semana Santa, que Fernando y Carmen me ofrecieron la panadería y que no sé nada de Daniel. Bueno, eso no es del todo cierto, porque Inma no para de hablarme de él, de hacerme saber todo lo que Miguel le cuenta a ella.

Ya no tengo que ir por las mañanas a la panadería cuando trabajo en casa de doña María, lo más fuerte era Semana Santa, ahora puedo llevarlo bien yendo solo por las tardes.

—Mamá, ¿necesitas que te ayude mañana?

—¿Mañana?

—Sí, como te toca con doña María, si necesitas ayuda, no tengo nada que hacer.

—No, Leyre, no te preocupes. Se ha ido veinte días a Málaga, a casa de su nieto. Iré por la mañana a la panadería y tendré la tarde libre, que tengo que ir a hacer las compras.

—Vale. Me voy, que esta noche tengo un pase privado. Te mando ubicación cuando esté allí.

—Sí, ¿vas con alguien?

—Con Gabriela.

Mi hija coge la mochila en la que lleva la ropa para el estriptis que tiene esta noche. Sigue sin gustarme mucho ese trabajo, aunque sé que lo necesita para pagar la hipoteca hasta que encuentre algo mejor.

Por eso también me tira mucho para atrás hacerme cargo de la panadería, porque debería pagar una cuota alta si quiero quitarme la trampa de encima, y si Leyre no llega un mes para pagar, como le ha pasado en alguna ocasión, no podría ayudarla.

Salgo de casa y me dirijo a casa de doña Encarna, donde Inma y Carola están merendando junto con Lucciano e Isabel, que acaban de llegar de Madrid, ya que mañana tienen reunión con

la empresa de construcción que hará sus casas en el terreno que han comprado a las afueras del pueblo.

Por el camino, paso por delante de la panadería. Ojalá tuviera dinero para pagar de una sola vez el traspaso, entonces ni me lo pensaría, siento este negocio como mío después de pasar aquí tantas horas trabajando.

Llego a mi destino, llamo a la puerta y una sonriente Carola me abre.

—Abuela, ¡no te esperaba por aquí! Pasa, que estamos merendando.

Entro en la casa y todos me saludan con cariño. Después de un café, Lucciano e Isabel se van y nos quedamos las cuatro solas.

—A ver, Rita, ¿qué te pasa? Desde que terminó la Semana Santa, tienes la mirada triste —me dice Encarna, y yo no sé qué decir, solo miro a Inma, que de las que estamos aquí es la única que sabe el motivo.

—No me pasa nada, es solo que terminé muy agotada.

—Ay niña, tengo ya una edad, y sé distinguir el tipo de tristeza. Lo tuyo no es agotamiento, cariño, lo tuyo es mal de amores.

—Bisa, pero ¿qué dices? —interviene Carola—. Rita es el Grinch del amor personificado.

—¿Me equivoco? —pregunta Encarna con la mirada fija en mí.

—No, no te equivocas —suspiro, dándome por vencida y sorprendiendo a mi nieta.

—¿No es correspondido?

—Al contrario, Encarna, y ese es el problema.

—Pues no lo entiendo entonces. Si los dos os queréis, ¿cuál es el problema?

—Pues que no puede ser —intento zanjar el tema, porque el motivo real sí que no lo sabe nadie.

—Tiene que haber algo más que no nos estás contando…

—Eso mismo le he dicho yo, Encarna —la interrumpe Inma—. Pero es que no hay forma de que suelte prenda.

—Abuela, cuéntanos, lo mismo nosotras podemos ayudarte —me dice Carola con cariño.

—Claro que sí —insiste Encarna, y empiezo a agobiarme.

—Venga, dínoslo —se suma Inma, y siento que necesito salir de aquí.

—Será mejor que me vaya…

—Deja de huir —me frena Inma, y de repente siento unas ganas enormes de llorar—. ¿Crees que no sé lo que te pasa? —Me giro y la miro desconcertada—. ¿Cuándo vas a dejar de culparte? —Las piernas me tiemblan ante esas palabras y tengo que apoyarme en la pared más cercana—. Mi padre nunca estuvo enamorado de mi madre. Bueno, ni de mi madre ni de nadie, por lo visto.

—Inma, yo… —trato de hablar, pero no me deja.

—Quizá, cuando era una cría de cinco años y llegué a tu casa, te culpara por haberlos separado, pero al crecer, me di cuenta de que no era así, de que el único culpable fue él por casarse con una mujer que no quería porque sus padres iban a desheredarlo.

—Pero los separé —estallo sin poder contener las lágrimas por más tiempo.

—Eso hubiera pasado de todas formas, Rita, podría haber sido cualquier otra mujer, porque no se puede sostener una relación cuando no hay amor por una de las partes. Y, sinceramente, doy gracias a la vida porque fueras tú, porque eres la persona más increíble que he conocido nunca, y por eso te quiero como a una madre.

»Joder, me criaste como si fuera una más de tus hijas, no te deshiciste de mí cuando él se quitó de en medio y me dio la espalda, a la sangre de su sangre, y estuviste a mi lado cuando nació mi hija, me ayudaste a criarla y se está convirtiendo en una mujer increíble no solo gracias a mí, sino a la familia que somos.

Me echo a llorar y siento los brazos de Inma rodeándome. Claro que la quiero como si fuera mi hija, aunque también he de decir que también como una amiga.

—Abuela —interrumpe Carola el momento—, ve a buscar a mi futuro abuelo por voluntad propia o te llevo de los pelos. Venga, fuera de aquí, corre a casa a ponerte guapa y…

—No es tan simple, nena. No sé si aún querrá que tengamos algo y…

—Según la información que me ha llegado, sí que sigue queriendo.

—¿Cómo? —digo sin comprender lo que está diciendo Inma.

—Quizá Lucciano desayunó con él hace unos días y hablaron del tema.

—¿En serio? —Inma afirma, sonriente, con la cabeza—. Carola, cómprame el primer billete de tren que haya disponible para mañana.

Sé que me estoy precipitando, pero ¡qué diablos! Inma tiene razón, y escuchar de su boca… Si ella, que fue la principal perjudicada, no cree que hiciera nada mal, que no tuve la culpa, no debo seguir jodiéndome la vida yo sola.

Siempre he luchado para conseguir lo que he querido, y no será esta la primera vez que me deje vencer.

20

Viernes. Tengo por delante dos días en los que permanecer en mi casa dormitando, como llevo haciendo desde Semana Santa, porque no tengo ganas de hacer nada, de quedar con gente. Puedes llamarme raro si quieres, pero odio tanto los fines de semana como el resto del mundo los lunes, y es que me los paso pensando en Rita, por más que me haga el firme propósito de no hacerlo; fracaso una y otra vez sin remedio.

—¿Comemos juntos? —me pregunta Miguel, sacándome de mis pensamientos.

—¿Tú no te ibas para Granada a las doce?

—Sí, pero he cambiado los billetes a un poco más tarde, esta mañana no me dio tiempo de hacer la maleta.

—Pues acepto la invitación. ¿Necesitas que te lleve después a la estación?

—No, qué va, me llevan mis padres, que tienen que salir a hacer unas compras.

Continuamos trabajando. La mañana se me pasa rápido entre papeles y llamadas telefónicas, y cuando me quiero dar cuenta, ya tengo que salir para el restaurante donde he quedado con Miguel, él va directamente porque tenía que recoger un regalo para su madre porque en unos días será su cumpleaños.

Bajo hasta el garaje del edificio, cojo el coche y no tardo más de quince minutos en llegar. Miguel aún no ha llegado, por lo que entro, pregunto por la reserva y me extraño cuando me dicen que no hay ninguna a nombre de nosotros.

Salgo de nuevo y lo llamo, pero no me contesta, así que decido enviarle un mensaje, al que me contesta diciendo que debe haber sido un error y que le ha pillado el toro, que no llegará hasta dentro de cuarenta minutos.

Sinceramente, lo que menos me apetece es quedarme aquí esperando, por lo que le digo que

me voy a casa y ya comeremos juntos cuando regrese, que no se preocupe.

En diez minutos ya estoy abriendo la puerta de mi ático, y cuando entro, me recibe un olor que me trae recuerdos de la mujer que amo, del tiempo que pasamos juntos y de lo buenas que estaban las jodidas torrijas.

Avanzo hacia el salón y me sorprende escuchar música. Quizá la haya puesto la persona que manda la empresa de limpieza y se le olvidó quitarla cuando se marchó.

Mi corazón se salta un latido al escuchar *Atado a tu amor*, de Chayane, la canción que Rita y yo bailamos en la panadería aquel día.

—Hola.

—Joder —exclamo al tiempo que me llevo una mano al corazón por el susto, y me sorprendo al ver que quien casi me provoca un infarto es Rita—. Hola… ¿Q—qué haces aquí? —tartamudeo.

—Verás, yo… Bueno, quería hablar contigo de negocios.

Siento que me hundo en la mierda más grande al escuchar esas palabras. Sí, es cierto que me ofrecí a ello en su día, pero al verla, tuve la esperanza de que viniera a hablar de nosotros, que se hubiera dado cuenta de su error y nos diera una oportunidad.

—Vale —consigo articular—. Pues tú dirás —le digo, intentando aguantar el tipo.

—Verás, me gustaría aceptar lo que me ofreciste, que seamos socios.

—Claro, ya te dije que sería un buen negocio. Con tus manos y mi dinero, estoy seguro de que conseguiremos algo muy bueno.

—No me refería solo a ese negocio.

—¿No?

—No, también me gustaría que fueras mi socio en la vida.

—¿Qué quieres decir, Rita? —pregunto sin querer creer lo que he creído entender.

—Pues verás… Resulta que hace poco tiempo, le di la espalda a un buen negocio. Había un hombre, un amigo, que un día, no sé muy bien cómo, dejó de serlo para meterse de lleno en mi corazón, y yo, por miedo, por no haber superado algo de lo que siempre me había sentido

culpable, hui como una cobarde y no acepté el reto de empezar una vida con él a mi lado.

»Yo sé que tu visión de negocio es buena, y me gustaría saber cómo ves que me des la oportunidad de ser tu socia en la vida.

La amo. No puedo decir otra cosa. Esta mujer es única, tanto como para ver lo nuestro como un negocio, alejado de los sentimentalismos de los que siempre hemos huido.

—Pero ¿qué participación tendría cada uno en ese negocio? Porque no vale que yo tenga el 80 % y tú el 20 %, no sería justo —le digo, acercándome a ella y tomándola por la cintura.

—No, no —responde con una sonrisa mientras se abraza a la nuca—. Había pensado en un cien por cien cada uno. ¿Cómo lo ves?

—Interesante… Pero tengo una condición.

—Dime, veré si puedo incluirla en el negocio.

—Que nunca dejes de hacerme esas torrijas al vino que tanto me gustan.

—Claro que sí, mi amor divino —responde antes de besarme con tanto amor que estoy seguro de que nunca podré vivir sin esta mujer a mi lado.

EPÍLOGO

Vaya calor está haciendo este año en junio. Aunque la verdad es que tengo unos escalofríos que me muero. En un principio pensé que me estaría constipando, que ya es jodido hacerlo en verano, con lo que me gusta a mí taparme cuando estoy enferma, y con esta temperatura es bastante imposible sin morir en el intento.

Además, tengo un dolor en el ovario derecho que estoy flipando, y es raro, porque eso solo me pasa cuando estoy ovulando y acabo de terminar con la regla, por lo que las fechas no cuadran.

Joder, cada vez me duele más. Lo mejor será que me tome un ibuprofeno para que me calme el dolor.

—Leyre, ¿qué te pasa? —me pregunta Daniel, que llegó hace un par de horas de Madrid.

—Nada, un dolorcillo de barriga, nada más. Voy a tomarme algo.

—Pero tienes los ojos brillosos —me dice, acercándose a mí para posar su mano en mi frente.

—Tienes fiebre.

—¿Fiebre?

—¿Y dices que te duele la barriga?

—Sí, pero debe ser el ovario…

—Túmbate en el sofá.

Hago lo que me pide, aunque no entiendo muy bien para qué lo hace. Presiona donde me duele con fuerza, y cuando quita la mano de forma rápida, el dolor es insoportable. Tanto que por un momento pienso que voy a desmayarme.

—Leyre, eso no es del ovario, tienes una apendicitis. Lo sé porque a mí me operaron el año pasado de urgencia.

—¿Qué sucede? —pregunta mi madre, que acaba de entrar en casa, cuando ve la cara de preocupación de Daniel.

—Tenemos que llevar a Leyre al hospital, creo que tiene una apendicitis.

—¿Apendicitis? Venga, nena, nos vamos.

Daniel sale corriendo escaleras abajo para ir a por el coche mientras nosotras lo hacemos en el ascensor tras coger nuestros bolsos.

A ver, me duele, aunque tampoco es un dolor insoportable, pero si realmente es lo que dice Daniel, estoy segura de que pronto me dolerá más, y no voy a arriesgarme a sufrir una peritonitis.

Nos subimos al coche, arranca y va a toda la velocidad que las vías lo permiten.

Llegamos al hospital y nos deja en la puerta de Urgencias para irse a aparcar. Entramos, damos los datos en la recepción y nos sentamos en la sala de espera tras pasar por la consulta de la enfermera.

Odio los hospitales, siempre los he odiado, y la última vez que estuve en uno fue para decirle adiós a mi padre. Ese cabrón que nos dejó tiradas, pero al que no fui capaz de dejar solo en su lecho de muerte, por más que lo mereciera.

Aparece en la pantalla el número que me han asignado y, al levantarme, me doy cuenta de que el dolor se ha intensificado bastante y tengo que caminar encorvada. Mi madre me ayuda a llegar, y una voz que me resulta familiar nos pide que entremos y me tumbe en la camilla, que enseguida está conmigo.

Observo su ancha espalda mientras se lava las manos y se pone unos guantes, y casi infarto cuando se da la vuelta y veo de quién se trata.

—¡¿Tú?! —exclamamos los dos a la vez.

Creí que nunca volvería a verlo, porque mira que está bueno y folla bien, pero también es el tío más capullo que me he tirado en mi vida.

FIN

Gracias por darle una oportunidad a mis letras.

Te estaría eternamente agradecida

si dejaras un comentario en Amazon

o tus redes sociales.

Es algo que a los autores nos anima a seguir.

AGRADECIMIENTOS

Estos agradecimientos van a ser cortitos, tanto como el relato. Ja, ja, ja.

Gracias a mis Purpus, a mis lectoras cero, a mi familia y todos los que me apoyáis en cada aventura, sin vosotros, no sería nada.

Pero el gracias más grande va para mi Comando G; Gema, Dani, Edine y Nesa. Gracias por las risas, por los kilómetros y por vuestra amistad. Os quiero, petardas.

¡Nos vemos en la próxima!



Si te ha gustado este relato,

el próximo 11 de julio

tendrás disponible la última

entrega de las serie

Fechas para amar.